

VILLA de MADRID



Navidad de 1959

Ayuntamiento de Madrid



S U M A R I O

Editorial.

Primitivos Castellanos. Lope de Vega.
Quevedo.

Escenas del Sainete: La Plaza Mayor.
Ramón de la Cruz.

La Nochebuena de 1836. Yo y mi criado.
Mariano José de Larra.

Maese Pérez el organista. Gustavo Adolfo Bécquer.

La Navidad de los niños.

La Mula y el Buey. Benito Pérez Galdós.

Lo que lleva el Rey Gaspar. «Azorín».

El Nacimiento. Tomás Borrás.

Cuento de Navidad con vidrieras de colores. Ramón Gómez de la Serna.

Poema para Nochebuena. José Hierro.

Vida Corporativa.

Los dibujos de temas navideños han sido publicados por gentileza de Galerías Preciados, que agradecemos.

VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas.

Año 240 »

Tel. 48 18 29

M A D R I D

AÑO II

NUM. 11





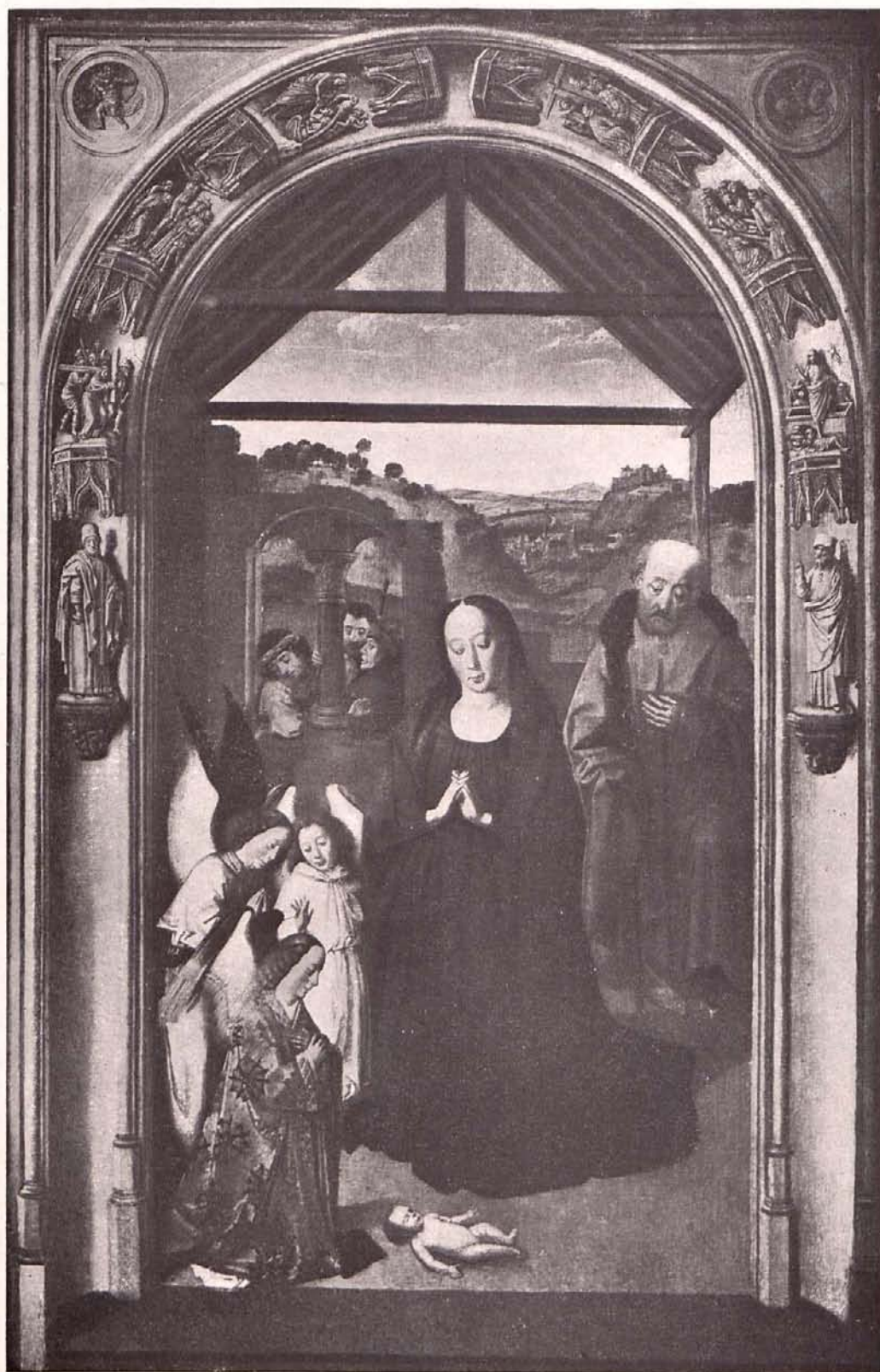
EDITORIAL

DE nuevo nos encontramos ante la fecha simbólica y amorosa de la Navidad. Fecha en la que no se puede eludir ni la conmemoración ni el comentario, porque la lección de la Navidad se renueva todos los años y es siempre actual y oportuna.

Es inevitable que la lección del Portal en este año repita el canto alado que inunda de calma los corazones de los hombres que siguen su ruta con sencillez y con pureza. Rozando la fecha del Nacimiento, Madrid ha sido testigo de una misión realizada por un hombre excepcional, lleno de buenos deseos y de voluntad bien dispuesta. Si repasamos a la vista de esta visita el año transcurrido, veremos que España, y Madrid al frente como su capital, ha visto afianzada su paz. Desde el principio de la Cruzada, desde el mismo momento en que tomamos los fusiles y nos lanzamos al campo y a la lucha, lo hicimos, aunque parezca paradoja, para buscar la paz; morimos por defenderla. Después, a lo largo de años de incompreensión, sufrimos privaciones y soportamos ignorancias y menosprecios por defender esta paz que tanto nos había costado ganar. Y no era solamente la paz de España. Era la paz universal, la paz de todo el mundo, porque algo tan exacto y tan inmenso no puede circunscribirse a una nación, y menos todavía a un credo o a una política. La paz es una religión, y por eso tiene su servicio, y por eso nace un día en la miseria glorificada de Belén, mientras los ángeles cantan y los pastores descienden apresurados las laderas.

Esta paz que sirve España no ha visto, por fortuna, truncado su camino. Día a día, año a año, los hechos han venido a dar la razón, como no podía menos suceder, a la defensa española de la paz, que nos obligaba a adoptar una postura beligerante frente a determinadas situaciones políticas. Pero esta postura encerraba tal desprendimiento, era de tal modo sincera y sin interés, que poco a poco se impuso por estas virtudes, aparte de otra fundamental y decisiva; el encontrarse asentada sobre la verdad. Y el mundo volvió sus ojos hacia nosotros, y el campo de las relaciones internacionales comenzó a ensancharse, y nos vimos, por fin, dentro de un círculo de contactos que nos interesaba, sobre todo porque nos sentimos miembros de la fraternidad universal.

Esta fraternidad que nació, por estas fechas, una noche alborozada, mientras la estrella marcaba en el cielo un camino sin zozobras ni rivalidades. Un camino en el que la luna era espejo sobre el río y no blanco para los disparos ni para las intenciones políticas.



Nacimiento. *Primitivo castellano.*

A partir de aquí ofrecemos una selección de los principales autores, madrileños o vinculados a la capital, que escribieron sobre las Navidades. Creemos que esta muestra de fe a través de los tiempos es el mejor homenaje que Madrid puede rendir al Niño Dios.

Ayuntamiento de Madrid

Primitivos Castellanos

Lope de Vega

Quevedo



TAL vez sorprenda a algún lector que califiquemos de primitivos a los poetas castellanos cuyos villancicos reproducimos en estas primeras páginas, ya que todos ellos vivieron —y algunos muy activamente— la transformación política de la España del siglo xv. Al titularlos así hemos querido subrayar su condición de precursores de Lope y Quevedo, esto es, de nuestra época áurea. También puede extrañar (dada la intención de este número, de antologizar autores nacidos en Madrid o avicinados en él) que sólo uno de ellos —Juan Alvarez Gato— sea madrileño. Recordemos que por entonces aún no había abierto los ojos a la limpísima luz de la meseta castellana nuestro rey don Felipe, y que, por tanto, aún estaba lejos la futura capitalidad de Madrid. En aquel tiempo la villa era tan sólo una más entre las ciudades y pueblos de Castilla. Esa es la razón de que hallamos traído a Gómez Manrique desde su tierra de Campos, al franciscano fray Ambrosio de Montesino desde Huete, al músico Juan del Encina desde muy cerca de Salamanca, y al campurriano Rodrigo de Reinosa desde la villa que le dió apellido.

Cierran estas páginas iniciales dos madrileños de los pies a la cabeza: fray Lope de Vega Carpio y don Francisco de Quevedo y Villegas, monumentos colosales del gran tiempo español. El primero, torrente alegre e impetuoso; el segundo, hondo pozo de amargura y meditación; tanto el uno como el otro tuvieron horas, fe y entusiasmo para cantar en prodigiosos versos himnos y nanas al borde de la cuna del Redentor.



CALLAD vos, Señor,
nuestro Redentor,
que vuestro dolor
durará poquito.

Angeles del cielo
venid, dar consuelo
a este mozuelo
Jesús tan bonito.

Este fué reparo
aunque él costó caro,
de aquel pueblo amaro
cativo en Egipto.

Este santo dino
niño tan benino,
por redimir vino
el linaje aflito.

Cantemos gozosas,
hermanas graciosas,
pues somos esposas
del Jesús bendito.

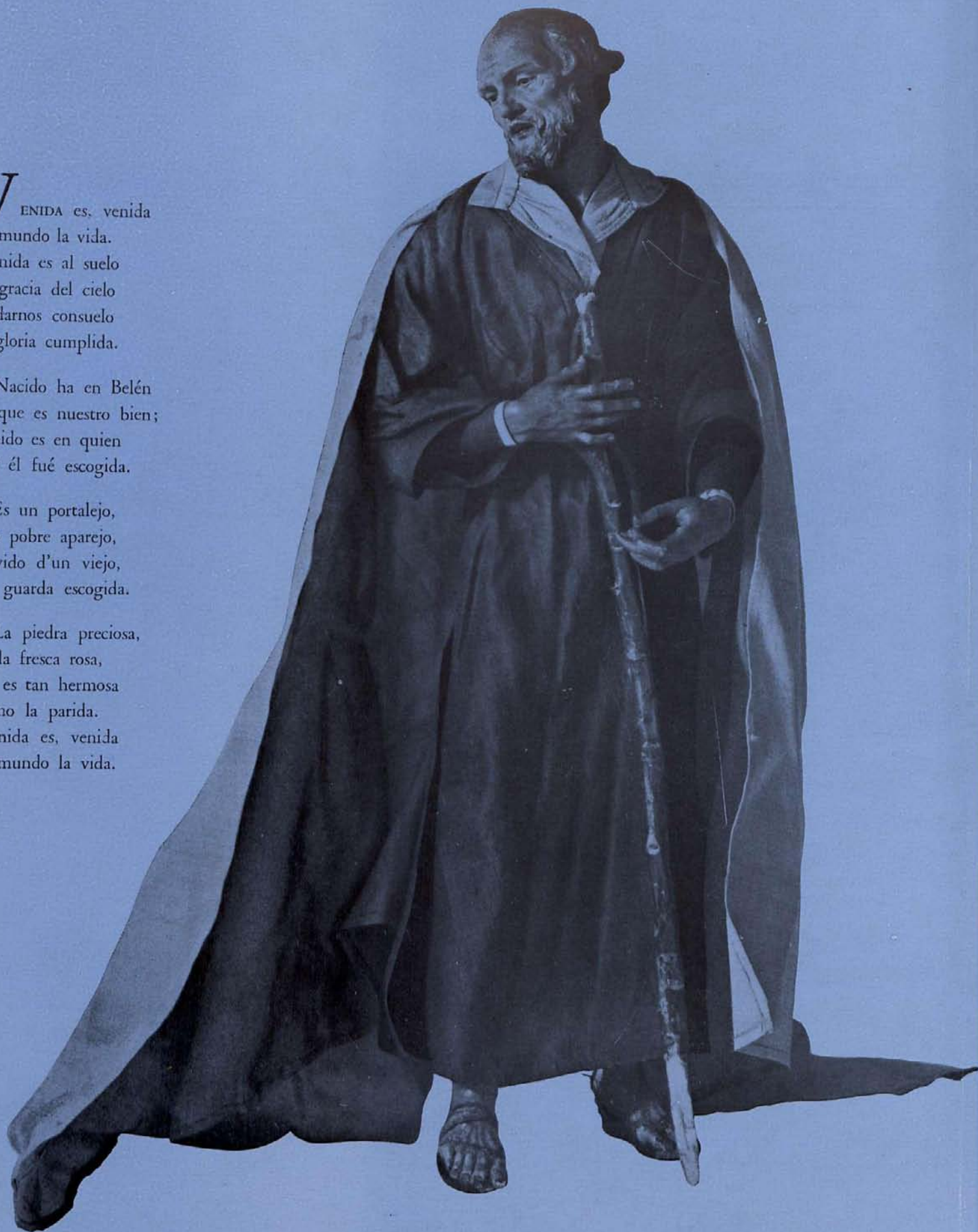
G O M E Z M A N R I Q U E

VENIDA es, venida
al mundo la vida.
Venida es al suelo
la gracia del cielo
a darnos consuelo
y gloria cumplida.

Nacido ha en Belén
el que es nuestro bien;
venido es en quien
por él fué escogida.

Es un portalejo,
con pobre aparejo,
servido d'un viejo,
en guarda escogida.

La piedra preciosa,
ni la fresca rosa,
no es tan hermosa
como la parida.
Venida es, venida
al mundo la vida.



J U A N A L V A R E Z G A T O



MÍRANSE los dos en hito
y su vista es gloria cierta.
¡Oh, qué placer infinito
que cien mil almas despierta!
¿Qué flores ni qué huerta
tales flores han llevado?
Mal han barajado.

Su velo le puso encima
al Niño por ornamento,
y a los pechos se le arrima
abrigándose del viento,
y quedó el cabello exento
de la Virgen muy dorado.
Mal han barajado.

Sus ojos penetradores
por ser Dios no hay do no estén,
mas por nos, los pecadores,
como niño está en Belén
al frío y después ¿con quién?
Con un buey muy traído.
Mal han barajado.

Con cien mil gracias aliña
cuando despierta del sueño;
jaspe ni dorada piña
con él son valor pequeño,
según que lindo y risueño
está en los pechos trabado.
Mal han barajado.

Ya los toma, ya los deja
los pechos con gestos bellos,
ya se ase a la madeja
que su Madre ha de cabellos;
gorjea y estira dellos,
como ruiñeñor en prado...
Mal han barajado.

Como recrea el abeja
el frutal bordado en flores,
que de mil formas volteja
e hace miel y dulzores,
el Niño destos temores
con la teta está ocupado.
Mal han barajado.





CANTA, gallo, canta
canta que amanece;
y tú, Virgen Santa,
tu vientre florece.

El parto es llegado
de nuestra esperanza;
que Dios encarnado
nació sin dudanza;
por donde se alcanza
el bien que parece;
tu vientre florece.

A la media noche
acá entre nos
sin ningún reproche
nació hombre y Dios
pues, Señora, a nos
por vos tal acontecer,
tu vientre florece.

Según me decíais,
y a mí me dijeron,
estas profecías
en vos se cumplieron;
pues a vos escogieron
porque Adam padece,
tu vientre florece.

Pues Dios nos echó
en este portal
do el Niño nació
por lo humanal:
en este arrabal,
con frío que crece,
tu vientre florece.

Si quieres que vaya
partero a buscar,
el gabán y sayo
os quiero dejar:
en pobre lugar
todo esto acaece;
tu vientre florece.

Mientras vo, Señora,
partera a buscar,
quered vos agora
sola consolar:
no queráis llorar,
que a mí me entristece;
tu vientre florece.

Lumbre no tenemos
ni leña ninguna
ni tampoco habemos
mantillas ni cuna:
pues nuestra fortuna
todo esto merece,
tu vientre florece.

Con terrible invierno
y noche lloviosa,
sin ningún gobierno,
con pena penosa:
consuélate, Esposa,
aunque algo fallece
tu vientre florece.

R O D R I D O D E R E I N O S A



GRAN gasajo siento yo.
¡Huy, ho!
Yo también, soncas, que ha
¡Huy ha!
Pues aquel que nos crió
por salvarnos nació ya
¡Huy ha, huy ho!
que aquesta noche nació.

Esta noche al medio della,
cuando todo estaba en calma,
por nos alumbrar el alma
nos nació la clara estrella:
clara estrella de Jacó
¡Huy ho!
Alegra a todos, ahá
¡Huy ha!
Pues aquel que nos crió
por salvarnos nació ya
¡Huy ha, huy ho!
Que aquesta noche nació.

Una virgen de quince años
morenica, de tal gala
que tan chapada zagala
no se halla en mil rebaños.
Nunca tal cosa se vió.
¡Huy ho!
ni jamás fué ni scrá.
¡Huy ha!
Pues aquel que nos crió
por salvarnos nació ya
¡huy ha, huy ho!
Que aquesta noche nació.

LAS pajas del pesebre
Niño de Belén,
*Hoy son flores y rosas,
Mañana serán hiel.*

Lloráis entre las pajas,
De frío que tenéis,
Hermoso niño mío,
Y de calor también.

Dormid, Cordero santo;
Mi vida, no lloréis,
Que si os escucha el lobo,
Vendrá por vos, mi bien.

Dormid entre las pajas,
Que aunque frías las veis,
*Hoy son flores y rosas,
Mañana serán hiel.*

Las que para abrigaros
Tan blandas hoy se ven,
Serán mañana espinas
En corona cruel.

Más no quiero deciros,
Aunque vos lo sabéis,
Palabras de pesar
En días de placer;

Que aunque tan grandes deudas
En pajas las cobréis,
*Hoy son flores y rosas,
Mañana serán hiel.*

Dejad el tiempo llanto,
Divino Emanüel;
Que perlas entre pajas
Se pierden sin por qué.

No piense vuestra Madre
Que ya Jerusalén
Previene sus dolores,
Y lllore con José;

Que aunque pajas no sean
Corona para rey,
*Hoy son flores y rosas,
Mañana serán hiel.*



La niña a quien dijo el ángel
Que estaba de gracia llena
Cuando de ser de Dios madre
Le trajo tan altas nuevas,



Ya le mira en un pesebre,
Llorando lágrimas tiernas,
Que obligándose a ser hombre,
También se obliga a sus penas.

«¿Qué tenéis, dulce Jesús?
Le dice la niña bella;
¿Tan presto sentís, mis ojos,
El dolor de mi pobreza?»

«Yo no tengo otros palacios
En que recibiros pueda,
Sino mis brazos y pechos,
Que os regalan y sustenta.

»No puedo más, amor mío;
Porque si yo más pudiera,
Vos sabéis que vuestros cielos
Envidiaran mi riqueza».

El niño recién nacido
No mueve la pura lengua
Aunque es la sabiduría
De su eterno Padre inmensa.

Mas revelándole el alma
De la Virgen la respuesta,

L O P E

Cubrió de sueño en sus brazos
Blandamente sus estrellas

Ella entonces, desatando
La voz regalada y tierna,
Así tuvo a su armonía
La de los cielos suspensa:

«Pues andáis en las palmas,
Angeles santos,
Que se duerme mi niño
Tened los ramos.

Palmas de Belén,
Que mueven airados
Los furiosos vientos,
Que suenan tanto.

No le hagáis ruido,
Corred más paso;
Que se duerme mi niño
Tened los ramos.

El niño divino
Que está cansado
De llorar en la tierra
Por su descanso;

Sosegar quiere un poco
Del tierno llanto,
Que se duerme mi niño
Tened los ramos.

Rigurosos hielos
Le están cercando;
Ya veis que no tengo
Con qué guardarlo;
Angeles divinos,
Que vais volando,
Que se duerme mi niño
Tened los ramos.



No lloréis, mis ojos,
Niño Dios, callad;
Que si llora el cielo,
¿Quién podrá cantar?

Si de hielo y frío,
Niño Dios, lloráis,
Túrbese el cielo
Con tal tempestad;

Serenad los soles,
Y el hielo podrá
Deshacer los hielos
Que os hacen llorar.

Cantarán los hombres;
En la tierra paz
Que si llora el cielo,
¿Quién podrá cantar?

Vuestra madre hermosa,
Que cantando está,
Llorará también
Si ve que lloráis.

O es fuego o es frío
La causa que os dan:
Si es amor, mis ojos,
Muy pequeño amáis;

Enjugad las perlas,
Nácar celestial;
Que si llora el cielo,
¿Quién podrá cantar?

Los ángeles bellos
Cantan que les dais
A los cielos gloria
Y a la tierra paz:
De aquestas montañas
Descendiendo van
Pastores, cantando
Por daros solaz;

Niño de mis ojos,
Ea, no haya más;
Que si llora el cielo,
¿Quién podrá cantar?



DE VEGA



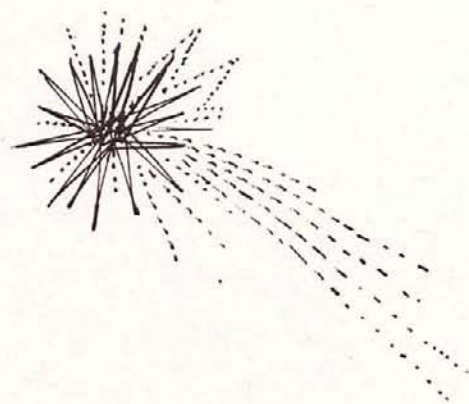
AL NACIMIENTO,

MOSTRANDO

QUE LA ASTROLOGIA

MISTERIOSA

ADMIRA A LA CELESTE



Hoy no sabe de sí la astrología
Que en la estrella del mar mira en el suelo,
Cerrado el sol, epilogado el cielo,
Y en alta noche amanecer el día.

Las tinieblas pobladas de armonía,
Temblando el fuego eterno, ardiendo el hielo,
Alegra la tristeza y el consuelo,
Que a sus lágrimas hace compañía.

Mira hacer el oficio del Oriente
Al pesebre, en que somos signos de oro
Una mula y un buey dichosamente.

Ve al sol en el cordero y no en el toro,
Vele en la Virgen por Diciembre ardiente,
A la aurora sin risa, al sol con lloro.



Q U E V E D O

Ramón de la Cruz

Mariano José de Larra

Gustavo Adolfo Bécquer



DESDE 1770, en que triunfa en Madrid el sainetero Ramón de la Cruz, hasta 1870, en que muere, también en Madrid, el poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, ha transcurrido un siglo no excesivamente pujante para la literatura española. En esos cien años tres figuras destacan en tres géneros muy distintos: los dos antes citados y Mariano José de Larra, aquel joven de veintisiete años, que conmovió a la sociedad de su tiempo con su famoso pistoletazo.

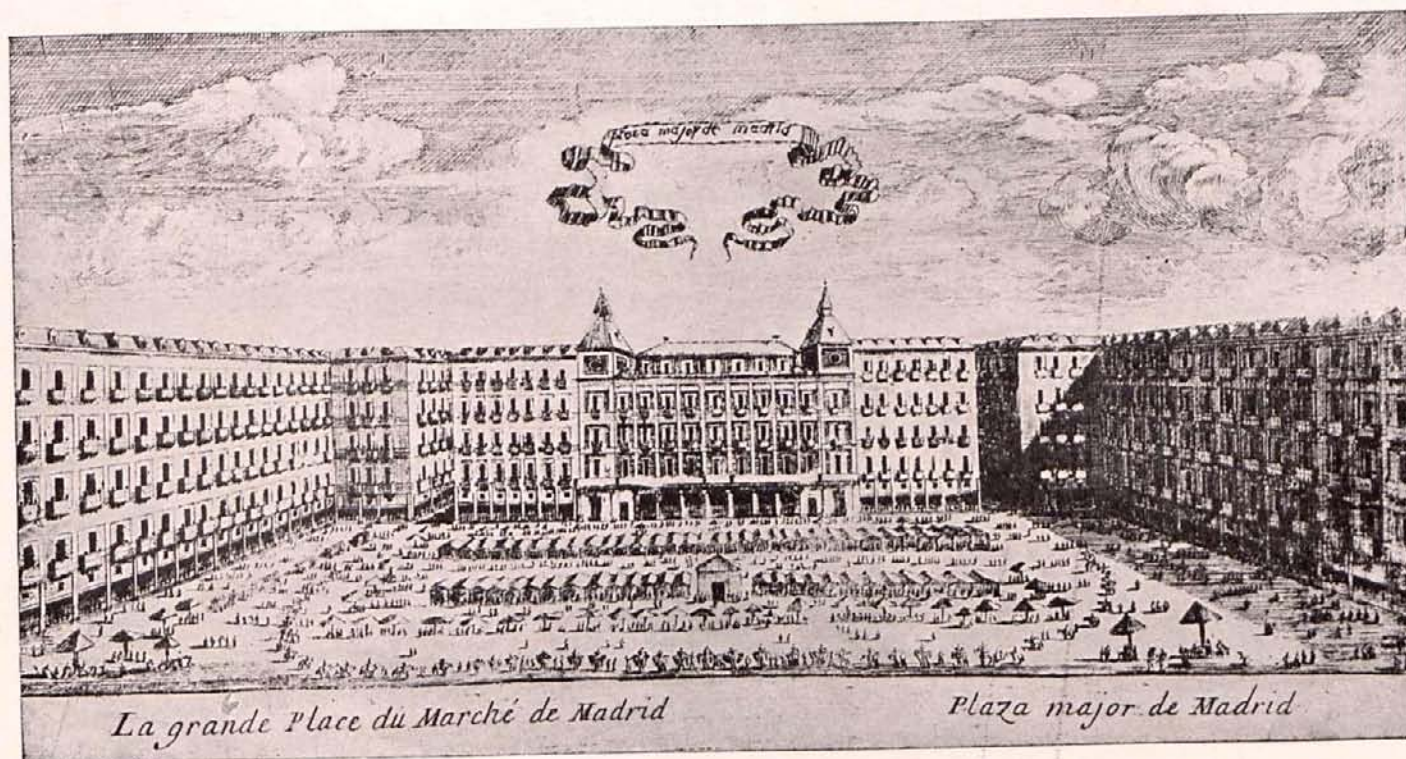
Los tres vivieron, sufrieron, forzaron las puertas de la gloria y murieron en Madrid. Don Ramón de la Cruz hizo subir al pueblo a los tablados teatrales; como compensación, ese pueblo utilizó luego en la calle palabras y frases que no eran suyas, sino de don Ramón. Larra, desde los periódicos de la época, tras la máscara de «Fígaro», inicia la literatura costumbrista, sobre la que vierte sus ideas político-sociales, y, sobre todo, su profunda dimensión de hombre en soledad. Bécquer, melancólico y soñador, encontró en sus rimas el pulso estremecido del gran poeta que llevaba dentro.

Los tres, cada uno a su manera, narraron la Navidad como jornada aniversario, hablándonos de un 24 de diciembre que ellos vivieron o crearon, pues al fin es lo mismo.

En estas páginas reproducimos una escena del sainete «La plaza Mayor», de Ramón de la Cruz; la segunda parte de «La Nochebuena de 1836», de Mariano José de Larra, y un fragmento de «Maese Pérez, el organista», de Gustavo Adolfo Bécquer.

ESCENAS DEL SAINETE

LA PLAZA MAYOR



La grande Place du Marché de Madrid

Plaza mayor de Madrid

R A M O N D E L A C R U Z

NISO. ¡Turrón bueno de Alicante!

PORTUG. ¡Mocitos, a mis camuesas!

MÉNDEZ. ¡Al cascajo, que se acaba!

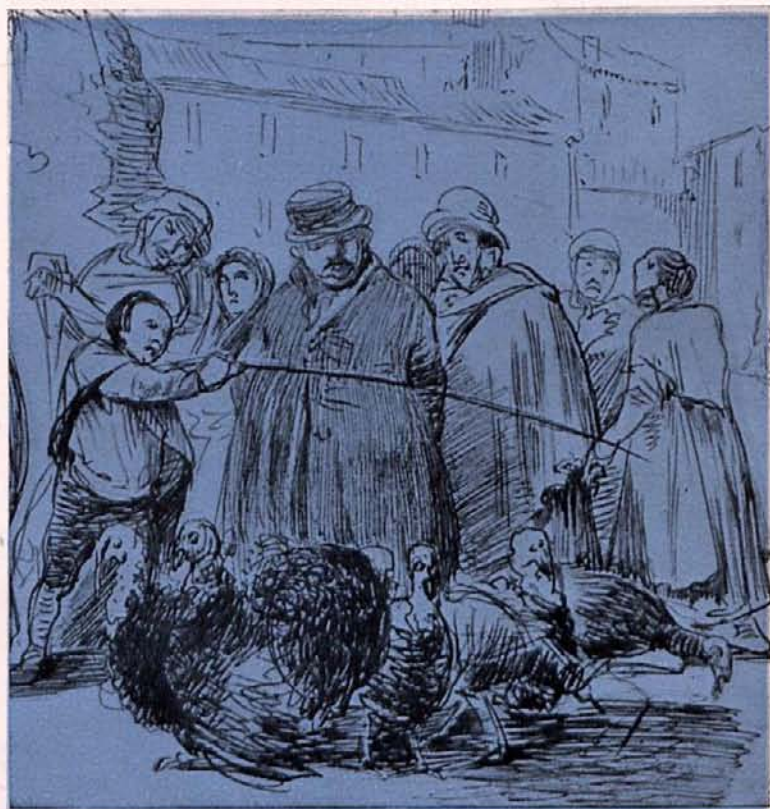
CAMPANO. ¡Al pavo de arroba y media!

RAFAEL. ¿Quién llama al mozo?

CIEGOS. ¡A dos cuartos
se venden las coplas nuevas!

MAJA. ¿Conque, en efecto, Manolo,
te has encerrado en el tema
de que hemos de estar solitos
a cenar?

MAJO. Es conveniencia
del bolsillo y la salud.
Mira, se pone la mesa
con lo poco o mucho que hay



y arrimamos dos silletas,
yo enfrente de ti y tú enfrente
de mí, a este lado la vela,
la salvilla a este otro lado,
en el suelo las botellas,
y va trayendo la moza
la vianda; se conversa
un rato, se bebe siempre
que los gznates se secan
o se atraviesa el bocado
si empalagan las menestras,
a la izquierda está la fruta
y el cascajo a la derecha;
se hace boca al hipocrás,
y sin voces ni etiquetas
cenamos como señores.
Si quieres de esta manera,



lo dicho dicho; y si no,
por seis u ocho callejuelas
tiene salida la Plaza;
múdate por una de ellas
y larga vida, que yo
no gusto de bromas, Pepa.

PEGOTE. ¡Por las nubes está todo!
Hombre veo que se deja
cien reales, y él sólo puede
cenarse lo que se lleva.
Mas don Alonso, mi amigo,
viene, veamos si pega
y me convida. ¡Señor!...

PONCE. Estoy a vuestra obediencia,
amigo.

PEGOTE. ¿Dónde esta noche
celebráis la Nochebuena?

PONCE. En casa.

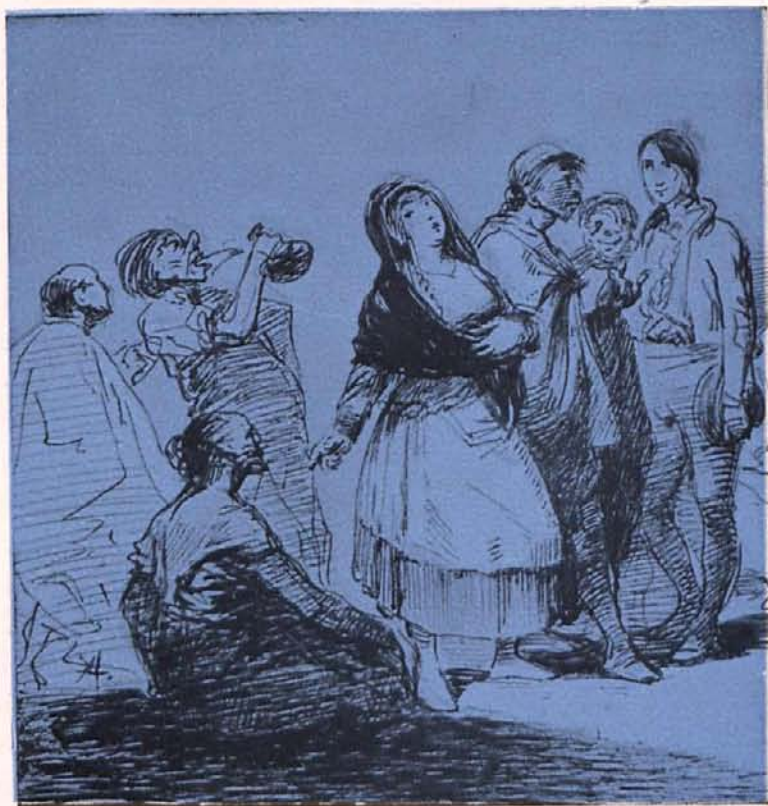
PEGOTE. Eso me parece.
Me han convidado en diversas
partes, mas de cumplimiento,
y yo sólo apeteciera
cenar con un par de amigos.

PONCE. Pensáis con mucha prudencia

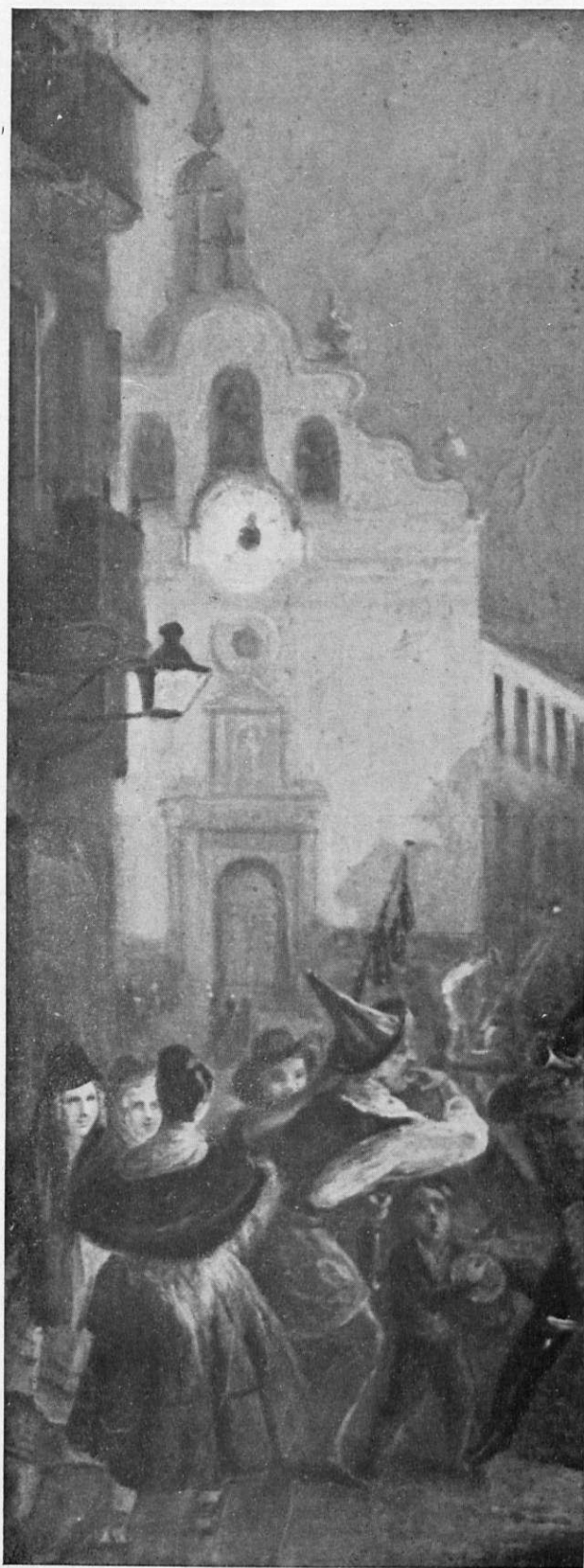
EUSEBIO. (aparte al otro)
Despedíos de ese pelmazo,
que he visto allí la Teresa.

PONCE. Señor licenciado, adiós,
que vamos algo de prisa.

PEGOTE. Esta no pegó; apelemos
a otros lances, y ¡paciencia!



LA NOCHE BUENA



Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una «consola», de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalos finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oírla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil —exclamé, empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus

EN A D E 1836

YO Y MI CRIADO

(DELIRIO FILOSOFICO)

P O R M A R I A N O J O S E D E L A R R A

columpios se venía sobre mí—. ¡Oiga!, está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón a mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme cerró la de mi habitación y quedamos dentro casi a oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro; aquélla en figura de hombre beodo arrimado a los pies de mi cama para no vacilar, y yo a su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí; no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras y habló y ratiocinó: misterios más raros se han visto acreditados; los fabulistas hacen hablar a los animales. ¿Por qué no he de hacer yo hablar a mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto, sin embargo, a hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho: tal me ha pasado; no escribo para los que dudan de mi veracidad: el que no quiera creerme puede doblar la hoja; eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

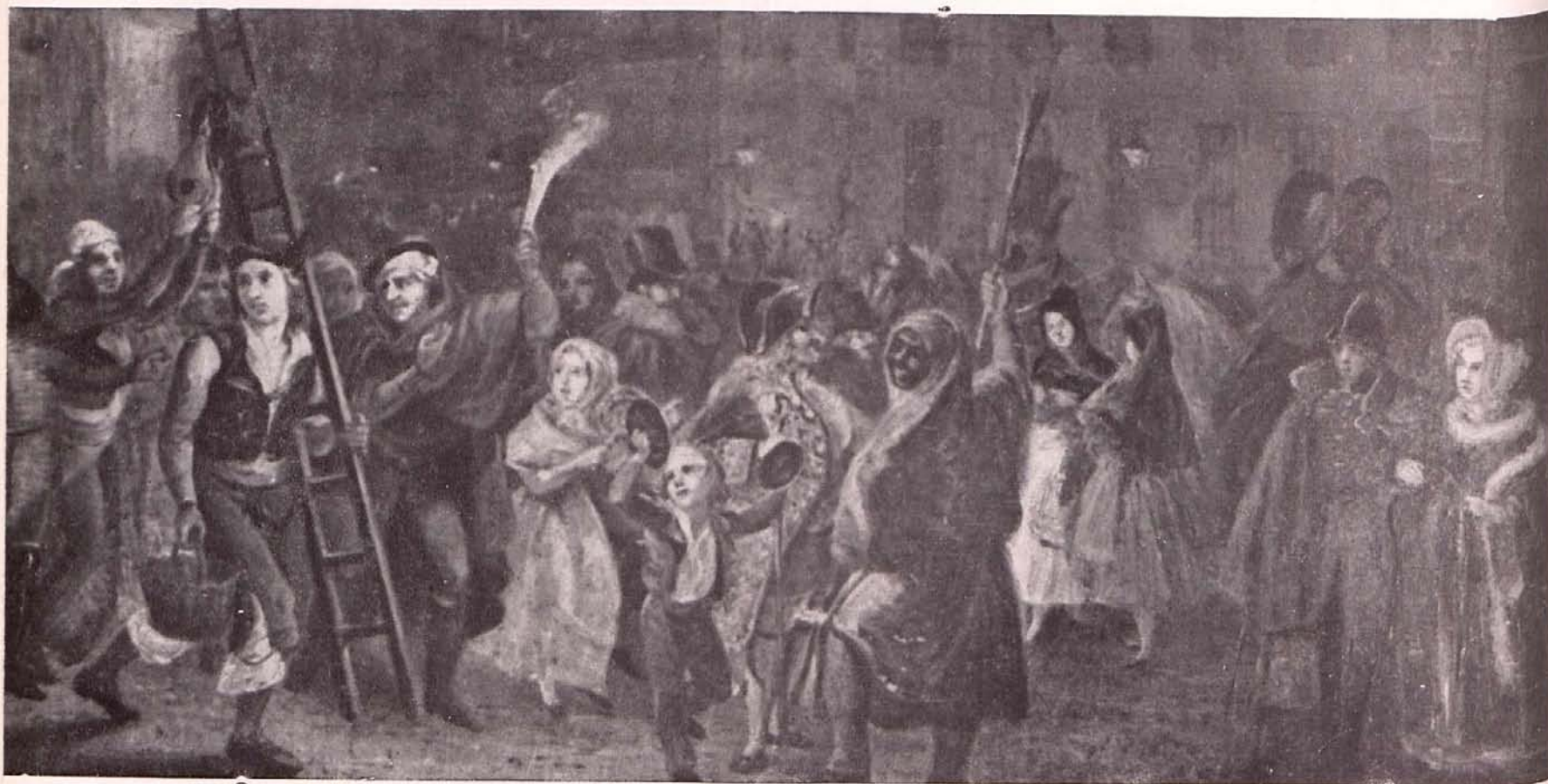
—Lástima —dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación—. Y ¿por qué me has de tener lástima, escritor? Yo, a ti, ya lo entiendo.

—¿Tú a mí? —pregunté, sobrecogido ya por un terror supersticioso—. Y es que la voz empezaba a decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste, como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprendo todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te envuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal; la justicia no te prende, al menos; verdad es que la justicia no prende sino a los pequeños criminales, a los que roban con ganzúas o a los que matan con puñal; pero a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta, a los que roban con los naipes en la mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, a esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente, consumida por el veneno de la pasión que su ver-

dugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú, acaso, eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa

para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo, nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Precia-



media de seda y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oír al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y

do de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; o cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. A mí, ¿quién me calumnia?, ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a ti te paga el mundo como paga a los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres del mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria,

inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación; adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo, en fin, no tengo necesidades; tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo; inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto, el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado; y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco —exclamó—, día 24!» Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía «mañana». ¿Llegará ese «mañana» fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la «noche buena» era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando «noche buena».





MAESE PEREZ EL ORGANISTA

POR GUSTAVO ADOLFO BECQUER



LA iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos chispeaba en los ricos joyeles de las damas que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes, y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron a formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbiterio. Junto a aquella verja, en pie, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el

fieltro, cuyas plumas besaban los tapices, la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y sus esposas del contacto de la plebe. Esta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorrumpió en una aclamación de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y los panderos al mirar aparecer al arzobispo, el cual, después

de sentarse junto al altar mayor bajo un solio de grana que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendición al pueblo.

Era la hora de que comenzase la misa.

Transcurrieron, sin embargo, algunos minutos sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba a rebullirse demostrando su impaciencia; los caballeros cambiaban entre sí algunas palabras a media voz, y el arzobispo mandó a la sacristía uno de sus familiares a inquirir el porqué no comenzaba la ceremonia.

—Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche a la misa de medianoche.

Esta fué la respuesta del familiar.

La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo sería cosa imposible; baste decir que comenzó a notarse tal bullicio en el templo, que el asistente se puso de pie y los alguaciles entraron a imponer silencio, confundiéndose entre las apiñadas olas de la multitud.

... ..
—¡Maese Pérez está aquí...!
¡Maese Pérez está aquí...!

A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta, todo el mundo volvió la cara.

Maese Pérez, pálido y desencajado, entraba, en efecto, en la iglesia, conducido en un sillón, que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros.

Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada había sido bastante a detenerle en el lecho.

—No —había dicho—; ésta

es la última, lo conozco, lo conozco, y no quiero morir sin visitar mi órgano, y esta noche sobre todo, la Nochebuena. Vamos, lo quiero, lo mando; vamos a la iglesia.

Sus deseos se habían cumplido, los concurrentes le subieron en brazos a la tribuna, y comenzó la misa.

En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Pasó el introito, y el Evangelio, y el ofertorio, y llegó el instante solemne en que el sacerdote, después de haberla consagrado, toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y comienza a elevarla.

Una nube de incienso que se desenvolvía en ondas azuladas llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y Maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano.

Las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un acorde majestuoso y prolongado, que se perdió poco a poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave, que fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía.

Era la voz de los ángeles, que, atravesando los espacios, llegaba al mundo.

Después comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos a la vez, que al confundirse formaban uno solo, que, no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña

melodía, que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos, como un jirón de niebla sobre las olas del mar.

Luego fueron perdiéndose unos cantos, después otros; la combinación se simplificaba. Ya no eran más que dos voces, cuyos ecos se confundían entre sí; luego quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz... El sacerdote inclinó la frente, y por encima de su cabeza cana, y como a través de una gasa azul que fingía el humo del incienso, apareció la Hostia a los ojos de los fieles. En aquel instante la nota que Maese Pérez sostenía trinando, se abrió, se abrió, y una explosión de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido, y cuyos vidrios de colores se estremecían en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde se desarrolló un tema; y unos cerca, otros lejos, éstos brillantes, aquéllos sordos, diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador.

La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos había una lágrima, en todos los espíritus un profundo recogimiento.

El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus manos, porque Aquel que levantaba en ellas, Aquel a quien saludaban hombres y arcángeles era su Dios; era su Dios, y le parecía haber visto abrirse los cielos y transfigurarse la Hostia.

El órgano proseguía sonando, pero sus voces se apagaban gradualmente, como una voz que se



pierde de eco en eco, y se aleja y se debilita al alejarse, cuando de pronto sonó un grito en la tribuna, un grito desgarrador, agudo, un grito de mujer.

El órgano exhaló un sonido disorde y extraño, semejan-

te a un sollozo, y quedó mudo.

La multitud se agolpó a la escalera de la tribuna, hacia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué

pasa? se decían unos a otros—. Y nadie sabía responder, y todos se empeñaban en adivinarlo, y crecía la confusión, y el alboroto comenzaba a subir de punto, amenazando turbar el orden y el recogimiento propios de la iglesia.

—¿Qué ha sido eso?—preguntaban las damas al asistente, que, precedido de los ministriles, fué uno de los primeros a subir a la tribuna, y que pálido y con muestras de profundo pesar, se dirigía al puesto en donde le esperaba el

arzobispo, ansioso, como todos, por saber la causa de aquel desorden.

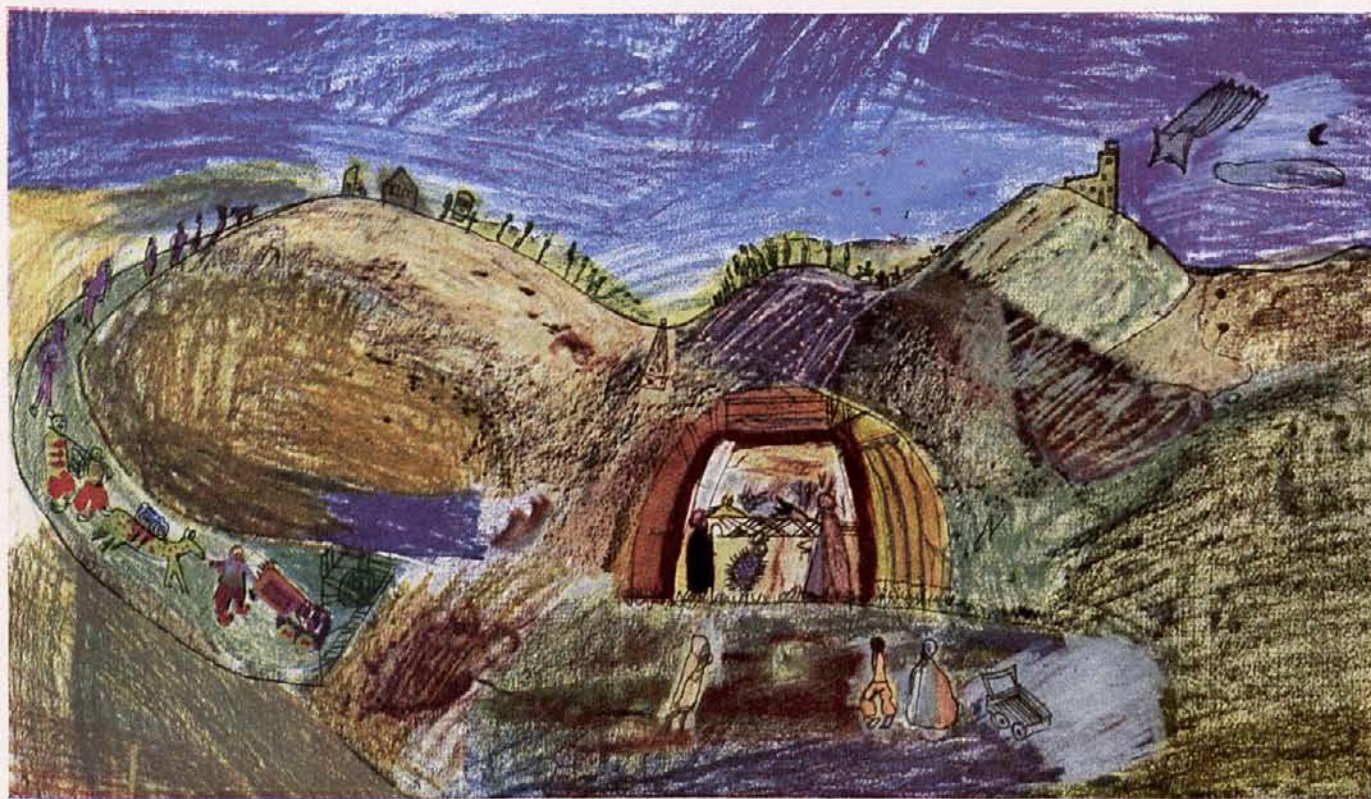
—¿Qué hay?

—Que Maese Pérez acaba de morir.

En efecto; cuando los primeros fieles, después de atropellarse por

la escalera, llegaron a la tribuna, vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su viejo instrumento, que aún vibraba sordamente, mientras su hija, arrodillada a sus pies, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos.





Nacimiento. José Ignacio Summers (seis años).

LA NAVIDAD DE LOS NIÑOS



Angeles.

QUIZÁ nadie comprenda la gracia del Nacimiento tan bien como los niños. Para ellos el mundo de la imaginación puebla un paisaje de harina y corcho, de serrín y verde, con una serie de símbolos de asombrosa autenticidad. Todo ello se pone de relieve en sus dibujos. Por eso exponemos algunas interpretaciones de la Navidad, realizadas por niños, conocidos nuestros, sin especial vocación por el arte de la pintura. Su gracia y su simbolismo resultan, sin embargo, tan agudos, que no desdican en un número como éste, en el que se agrupan reproducciones de los mejores maestros e ilustradores.



Marián Hierro (cuatro años).



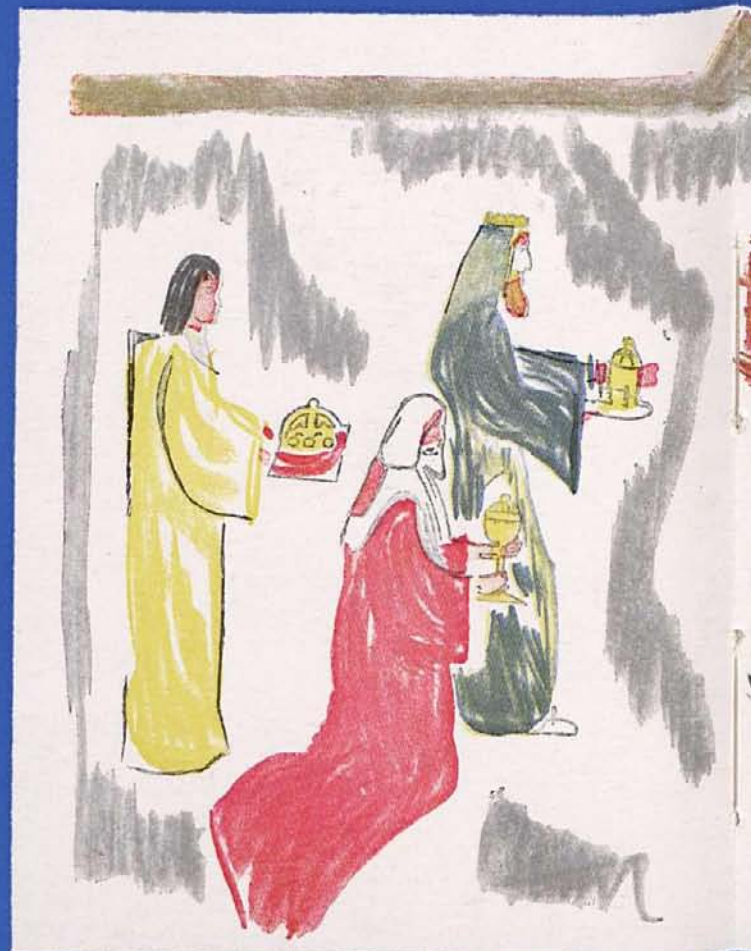
Pastor a caballo, J. I. Summers.



Nacimiento con gallo, M. Pombo Bravo (diez años).



M. Hierro.





Adoración. Manolo Pombo Bravo.



Pastora. J. I. Summers.



La Estrella. Juan Ramón Hierro (ocho años).



Pérez Galdós

Azorín



GALDÓS y Azorín proceden de tierras de sol, el uno de afortunadas islas, de levante el otro; pero sus dimensiones capitales en las letras españolas, precisaron como residencia de largos años la amplia capitalidad de Madrid. Desde aquí, Galdós disparó su mágica flecha de creador de vidas, de inventor de historias, para hacer blanco en el círculo más reducido de la novela universal. En ese círculo en el que tan sólo vibran unas pocas saetas con los nombres de los mejores arqueros de todos los tiempos.

Desde aquí, Azorín proyectó su espigada y benéfica sombra sobre las nuevas generaciones, enseñándolas la tremenda lección vital y literaria de que destruir por destruir es empresa de impotentes o de bárbaros. El nos enseñó que cuando se derriba un templo en el que los fieles se arrodillan ha de ser para levantar otro más bello que provoque la fe de esos mismos fieles. Azorín, sobre las cenizas de la retórica décimonónica a la que él había prendido fuego, supo crear un nuevo modo de hacernos ver las cosas; un modo limpio, desnudo y directo en el que Ovidio y Lope, Platón y Santo Tomás se conjugan con los árboles, los ríos, la ventana y la mesa, en la conciencia y en la sensibilidad del hombre de hoy.

En estas páginas les ofrecemos una narración de don Benito Pérez Galdós titulada «La mula y el buey» y un breve relato del último libro «Pasos quedos», publicado por el maestro Azorín.



LA MULA

Y

EL BUEY

(Cuento de Navidad)



POR BENITO PEREZ GALDOS

I

Cesó de quejarse la pobrecita; movió la cabeza, fijando los tristes ojos en las personas que rodeaban su lecho; extinguióse poco a poco su aliento y expiró. El Angel de la Guardia, dando un suspiro, alzó el vuelo y se fué.

La infeliz madre no creía tanta desventura, pero el lindísimo rostro de Celinina se fué poniendo amarillo y diáfano como cera; enfriáronse sus miembros y quedó rígida y dura como el cuerpo de una muñeca. Entonces llevaron fuera de la alcoba a la madre, al padre y a los más inmediatos parientes, y dos o tres amigas y las criadas se ocuparon en cumplir el último deber con la pobre niña muerta.

Un hombre antipático trajo una caja algo mayor que la de un violín, forrada de seda azul con galones de plata y por dentro guarnecida de raso blanco. Colocaron dentro a Celinina, sosteniendo su cabeza en preciosa y blanda almohada para que no estuviese en postura violenta, y después que la acomodaron bien en su fúnebre lecho, cruzaron sus manecitas, atándolas con una cinta, y entre ellas pusieron un ramo de rosas blancas, tan hábilmente hechas por el artista, que parecían hijos del mismo abril.

II

Allá, en lo más hondo de la casa, sonaban gemidos de hombres y mujeres. Era el triste lamentar de los

padres, que no podían convencerse de la verdad del aforismo *angelitos al cielo*, que los amigos administran como calmante moral en tales trances. Los padres creían entonces que la verdadera y más propia morada de los angelitos es la tierra; y tampoco podían admitir la teoría de que es mucho más lamentable y desastrosa la muerte de los grandes que la de los pequeños. Sentían, mezclada a su dolor, la profundísima lástima que inspira la agonía de un niño, y no comprendían que ninguna pena superase a aquella que destrozaba sus entrañas.

Mil recuerdos e imágenes dolorosas les herían, tomando forma de agudísimos puñales que les traspasaban el corazón. La madre oía sin cesar la encantadora media lengua de Celinina, diciendo las cosas al revés y haciendo de las palabras de nuestro idioma graciosas caricaturas filológicas que afluían de su linda boca como la música más tierna que puede conmover el corazón de una madre. Nada caracteriza a un niño como su estilo, aquel genuino modo de expresarse y decirlo todo con cuatro letras y aquella gramática prehistórica.

Para colmo de aflicción vió la buena señora por todas partes los objetos con que Celinina había alborozado sus últimos días; y como éstos eran los que preceden a Navidad, rodaban por el suelo pavos de barro con patas de alambre, un San José sin manos, un pesebre con el Niño Dios, semejante a una bolita de color de rosa; un Rey Mago montado en arrogante ca-

mello sin cabeza. Lo que habían padecido aquellas pobres figuras en los últimos días, arrastradas de aquí para allí puestas en esta o en la otra forma, sólo Dios, la mamá y el purísimo espíritu que había volado al cielo lo sabían.

III

Pero si era afflictiva la situación de espíritu de la madre, éralo mucho más la del padre. Aquella estaba traspasada de dolor; en éste, el dolor se agravaba con un remordimiento agudísimo.

Desde que Celinina cayó enferma sintió el afán de las poéticas fiestas que más alegran a los niños: las fiestas de Navidad. Ya se sabe con cuánta ansia desean la llegada de estos risueños días y cómo les trastorna el febril anhelo de los regalitos, de los nacimientos y las esperanzas del mucho comer y del atracarse de pavo, mazapán, peladillas y turrón. Algunos se creen capaces, con la mayor ingenuidad, de embuchar en sus estómagos cuanto ostentan la Plaza Mayor y calles adyacentes.

Celinina, en sus ratos de mejoría, no dejaba de la boca el tema de la Pascua; y como sus primitos, que iban a acompañarla, eran de más edad y sabían cuanto hay que saber en punto a regalos y nacimientos, se alborotaba más la fantasía de la pobre niña oyéndoles, y más se encendían sus afanes de poseer golosinas y juguetes. Delirando, cuando la metía en su horno de martirios la fiebre, no cesaba de nombrar lo que de tal modo ocupaba su espíritu, y todo era golpear tambores, tañer zambombas, cantar villancicos. En la esfera tenebrosa que rodeaba su mente no había sino pavos haciendo *clau clau*, pollos que gritaban *pío pío*, montes de turrón que llegaban al cielo, formando un Guadarrama de almendras, nacimientos llenos de luces y que tenían lo menos cincuenta mil millones de figuras, ramos de dulce, árboles cargados de cuantos juguetes puede idear la más fecunda imaginación tirolesa; el estanque del Retiro lleno de sopa de almendras; besugos que miraban a las cocineras con sus ojos cuajados; naranjas que llovían del cielo, cayendo en más abundancia que las gotas de agua en día de temporal, y otros mil prodigios que no tienen número ni medida.

IV

El padre, por no tener más chicos que Celinina, no cabía en sí de inquieto y desasosegado. Sus negocios le llamaban fuera de la casa, pero muy a menudo entraba en ella para ver cómo iba la enfermita. El mal seguía su marcha con alternativas traidoras: unas veces dando esperanzas de remedio, otras quitándolas.

El buen hombre tenía presentimientos tristes. El lecho de Celinina, con la tierna persona agobiada en él por la fiebre y los dolores, no se apartaba de su imaginación. Atento a lo que pudiera contribuir a regoci-

jar el espíritu de la niña, todas las noches, cuando regresaba a la casa, le traía algún regalito de Pascua, variando siempre de objeto y especie, pero prescindiendo siempre de toda golosina. Trájole un día una manada de pavos tan al vivo hechos, que no les faltaba más que graznar; otro día sacó de sus bolsillos la mitad de la Sacra Familia, y al día siguiente a San José con el pesebre y portal de Belén. Después vino con unas preciosas ovejas, a quien conducían gallardos pastores, y luego se hizo acompañar de unas lavanderas que lavaban, y de un choricero que vendía chorizos, y de un Rey Mago negro, al cual sucedió otro de barba blanca y corona de oro. Por traer, hasta trajo una vieja que daba azotes en cierta parte a un chico por no saber la lección.

Conocedora Celinina, por lo que charlaban sus primos, de todo lo necesaria a la buena composición de un nacimiento, conoció que aquella obra estaba incompleta por la falta de dos figuras muy principales: la mula y el buey. Ella no sabía lo que significaba la tal mula ni el tal buey; pero atenta a que todas las cosas fuesen perfectas, reclamó una y otra vez del solícito padre el par de animales que se había quedado en Santa Cruz.

El prometió traerlos, y en su corazón hizo propósito firmísimo de no volver sin ambas bestias; pero aquel día, que era el 23, los asuntos y quehaceres se le aumentaron de tal modo, que no tuvo un punto de reposo. Además de esto, quiso el cielo que se sacase la lotería, que tuviera la noticia de haber ganado un pleito, que dos amigos cariñosos le embarazaran toda la mañana...; en fin, el padre entró en la casa sin la mula, pero también sin el buey.

Gran desconsuelo mostró Celinina al ver que no venían a completar su tesoro las dos únicas joyas que en él faltaban. El padre quiso al punto remediar su falta, mas la nena se había agravado considerablemente durante el día; vino el médico, y como sus palabras no eran tranquilizadoras, nadie pensó en bueyes, mas tampoco en mulas.

El 24 resolvió el pobre señor no moverse de la casa. Celinina tuvo por breve rato un alivio tan patente, que todos concibieron esperanzas, y, lleno de alegría, dijo el padre: «Voy al punto a buscar eso.»

Pero como cae rápidamente un ave herida al remontar el vuelo a lo más alto, así cayó Celinina en las honduras de una fiebre muy intensa. Se agitaba trémula y sofocada en los brazos ardientes de la enfermedad, que la constreñía sacudiéndola para expulsar la vida. En la confusión de su delirio y sobre el revuelto oleaje de su pensamiento flotaba, como el único objeto salvado de un cataclismo, la idea fija del deseo que no había sido satisfecho: de aquella codiciada mula y de aquel suspirado buey que aún proseguían en estado de esperanza.



El papá salió medio loco, corrió por las calles; pero en mitad de una de ellas se detuvo y dijo: «¿Quién piensa ahora en figuras de nacimiento?»

Y corriendo de aquí para allí, subió escaleras, y tocó campanillas, y abrió puertas sin reposar un instante, hasta que hubo juntado siete u ocho médicos y les llevó a su casa. Era preciso salvar a Celinina.

V

Pero Dios no quiso que los siete u ocho alumnos de Esculapio contraviniesen la sentencia que él había dado, y Celinina fué cayendo, más a cada hora, y llegó a estar abatida, abrasada, luchando con indescriptibles congojas, como la mariposa que ha sido golpeada y tiembla sobre el suelo con las alas rotas. Los padres se incli-



naban junto a ella con afán insensato, cual si quisieran con la sola fuerza del mirar detener aquella existencia que se iba, suspender la rápida desorganización humana y con su aliento renovar el aliento de la pobre

mártir que se desvanecía en un suspiro.

Sonaron en la calle tambores y zambombas y alegre chasquido de panderos. Celinina abrió los ojos, que ya parecían cerrados para siempre; miró a su padre, y con la mirada tan sólo y un grave murmullo que no parecía venir ya de lenguas de este mundo, pidió a su padre lo que éste no había querido traerle. Traspasados de dolor padre y madre, quisieron engañarla para que tuviese una alegría en aquel instante de suprema aflicción, y, presentándole los pavos, le dijeron: «Mira, hija de mi alma, aquí tienes la mulita y el bueyecito.»

Pero Celinina, aun acabándose, tuvo suficiente claridad en su entendimiento para ver que los pavos no eran otra cosa que pavos, y los rechazó con agradecido gesto. Después siguió con la vista fija en sus padres y ambas manos en la cabeza, señalando sus agudos dolores. Poco a poco fué extinguiéndose en ella aquel acompasado son, que es el último vibrar de la vida, y al fin todo calló, como calla la máquina del reloj que se para; y la linda Celinina fué un gracioso bulto, inerte y frío como mármol, blanco y transparente como la purificada cera que arde en los altares.

¿Se comprende ahora el remordimiento del padre? Porque Celinina tornara a la vida hubiera él recorrido la tierra entera para recoger todos los bueyes y todas, absolutamente todas las mulas que en ella hay. La idea de no haber satisfecho aquel inocente deseo era la espada más aguda y fría que traspasaba su corazón. En vano con el raciocinio quería arrancársela; pero ¿de qué servía la razón, si era tan niño entonces como la que dormía en el ataúd y daba más importancia a un juguete que a todas las cosas de la tierra y del cielo?



VI

En la casa se apagaron, al fin, los rumores de la desesperación, como si el dolor, internándose en el alma, que es su morada propia, cerrara las puertas de los sentidos para estar más solo y recrearse en sí mismo.

Era Nochebuena, y si todo callaba en la triste vivienda recién visitada de la muerte, fuera, en las calles de la ciudad y en todas las demás casas resonaban placenteras bullangas de groseros instrumentos músicos y vocería de chiquillos y adultos cantando la venida del Mesías. Desde la sala donde estaba la niña difunta, las piadosas mujeres que le hacían compañía oyeron espantosa algazara, que al través del pavimento del piso superior llegaba hasta ellas conturbándolas en su pena y devoto recogimiento. Allá arriba, muchos niños chicos, congregados con mayor número de niños grandes y felices papás y alborozados tíos y tías, celebraban la Pascua, locos de alegría ante el más admirable nacimiento que era dado imaginar y atentos al fruto de juguetes y dulces que en sus ramas llevaba un frondoso árbol con mil vistosas candilejas alumbrado.

Hubo momentos en que con el grande estrépito de arriba parecía que retemblaba el techo de la sala y que la pobre muerta se estremecía en su caja azul, y que las luces todas oscilaban cual si, a su manera, quisieran dar a entender también que estaban algo peneques. De las tres mujeres que velaban se retiraron dos; quedó una sola, y ésta, sintiendo en su cabeza grandísimo peso, a causa, sin duda, del cansancio producido por tantas vigiliass, tocó el pecho con la barba y se durmió.

Las luces siguieron oscilando y moviéndose mucho, a pesar de que no entraba aire en la habitación. Creeríase que invisibles alas se agitaban en el espacio ocupado por el altar. Los encajes del vestido de Celinina se movieron también, y las hojas de sus flores de trapo anunciaban el paso de una brisa juguetona o de manos muy suaves. Entonces Celinina abrió los ojos.

Sus ojos negros llenaron la sala con una mirada viva y afanosa que echaron en derredor y de arriba abajo. Inmediatamente después separó las manos, sin que opusiera resistencia la cinta que las ataba, y, cerrando ambos puños, se frotó con ellos los ojos, como es costumbre en los niños al despertarse. Luego se incorporó con rápido movimiento sin esfuerzo alguno, y, mirando al techo, se echó a reír; pero su risa, sensible a la vista, no podía oírse. El único rumor que fácilmente se percibió era una bullanga de alas vivamente agitadas, cual

si todas las palomas del mundo estuvieran entrando y saliendo en la sala mortuoria y rozaran con sus plumas el techo y las paredes.

Celinina se puso en pie, extendió los brazos hacia arriba, y al punto le nacieron unas alitas cortas y blancas. Batiendo con ellas el aire, levantó el vuelo y desapareció.

Todo continuaba lo mismo: las luces ardiendo, derramando en copiosos chorros la blanca cera sobre las arandelas; las imágenes en el propio sitio, sin mover brazo ni pierna ni desplegar sus austeros labios; la mujer sumida plácidamente en un sueño que debía saberle a gloria; todo seguía lo mismo, menos la caja azul, que se había quedado vacía.

VII

¡Hermosa fiesta la de esta noche en casa de los señores de!

Los tambores atruenan la sala. No hay quien haga comprender a esos endiablados chicos que se divertirán más renunciando a la infernal bulla de aquel instrumento de guerra.

El Nacimiento no es una obra de arte a los ojos de los adultos; pero los chicos encuentran tanta belleza en las figuras, expresión tan mística en el semblante de todas ellas y propiedad tanta en sus trajes, que no creen haya salido de manos de los hombres obra más perfecta, y la atribuyen a la industria peculiar de ciertos ángeles dedicados a ganarse la vida trabajando en barro. El portal de corcho, imitando un arco romano en ruinas, es monísimo, y el riachuelo, representado por un espejillo con manchas verdes que remedan acuáticas hierbas y el musgo de las márgenes, parece que corre por la mesa adelante con plácido murmurio. El puente por do pasan los pastores es tal, que nunca se ha visto el cartón tan semejante a la piedra.

En el llano es donde está lo más bello y las figuras más características: las lavanderas que lavan en el arroyo; los paveros y polleros conduciendo sus manadas; un guardia civil que lleva granujas presos; caballeros que pasean en lujosas carretelas junto al camello de un Rey Mago, y Perico el ciego tocando la guitarra en un corrillo donde curiosean los pastores que han vuelto del Portal. Por medio a medio pasa un tranvía lo mismito que el del barrio Salamanca, y como tiene dos raíles y sus ruedas, a cada instante le hacen correr de Oriente a Occidente, con gran asombro del Rey negro, que no sabe qué endiablada máquina es aquella.

VIII

Mas de repente sintieron un rumor que no provenía de ellos. Todos miraron al techo, y como no veían nada

se contemplaban los unos a los otros, riendo. Oíase gran murmullo de alas rozando contra la pared y chocando en el techo. Si estuvieran ciegos habrían creído que todas las palomas de todos los palomares del universo se habían metido en la sala. Pero no veían nada, absolutamente nada.

Notaron, sí, de súbito, una cosa inexplicable y fenomenal. Todas las figurillas del nacimiento se movieron, todas variaron de sitio sin ruido. Era un cataclismo universal en miniatura. El monte se venía abajo, faltándole sus cimientos seculares; el riachuelo variaba de curso, y, echando fuera del cauce sus espejillos, inundaba espantosamente la llanura; las casas hundían el tejado en la arena; el Portal se estremecía cual si fuera combatido de horribles vientos, y como se apagaron muchas luces, resultó nublado el sol y oscurecidas las luminarias del día y de la noche.

Entre el estupor que tal fenómeno producía, algunos pañuelos reían locamente y otros lloraban.

Todo aquello tuvo fin, y se sintió otra vez el batir de alas alejándose.

Acudieron muchos de los presentes a examinar los estragos, y un señor dijo:

—Es que se ha hundido la mesa y todas las figuras se han revuelto.

Empezaron a recoger las figuras y a ponerlas en orden. Después del minucioso recuento y de reconocer una por una todas las piezas, se echó de menos algo. Buscaron y rebuscaron, pero sin resultado. Faltaban dos figuras: la Mula y el Buey.

IX

Ya cercano el día iban los alborotadores camino del cielo, más contentos que unas pascuas, dando brinco por esas nubes, y eran millones de millones, todos preciosos, puros, divinos, con alas blancas y cortas que batían más rápidamente que los más veloces pájaros de la tierra. La bandada que formaban era más grande que cuanto pueden abarcar los ojos en el espacio visible, y cubría la luna y las estrellas, como cuando el firmamento se llena de nubes.

Celinina iba con ellos, y como por primera vez andaba en aquellas altitudes, se atolondraba un poco.



—Ven acá —le dijo uno—, dame la mano y volarás más derecha... Pero, ¿qué llevas ahí?

—Esto —repuso Celinina, oprimiendo contra su pecho dos groseros animales de barro—. Son pa mí, pa mí.

—Mira, chiquilla, tira esos muñecos. Bien se conoce que sales ahora de la tierra. Allá arriba se divierten también esta noche, y yo creo que nos mandan abajo porque les mareamos con el gran ruido que metemos... Pero si Padre Dios nos deja bajar y andar por las casas, es a condición de que no hemos de coger nada, y tú has afanado eso.

Celinina no se hacía cargo de estas poderosas razones, y apretando más contra su pecho los dos animales, repitió:

—Pa mí, pa mí.

—Mira, tonta —añadió el otro—, que si no haces

caso nos vas a dar un disgusto. Baja en un vuelo y deja eso, que es de la tierra y en la tierra debe quedar. En un momento vas y vuelves, tonta. Yo te espero en esta nube.

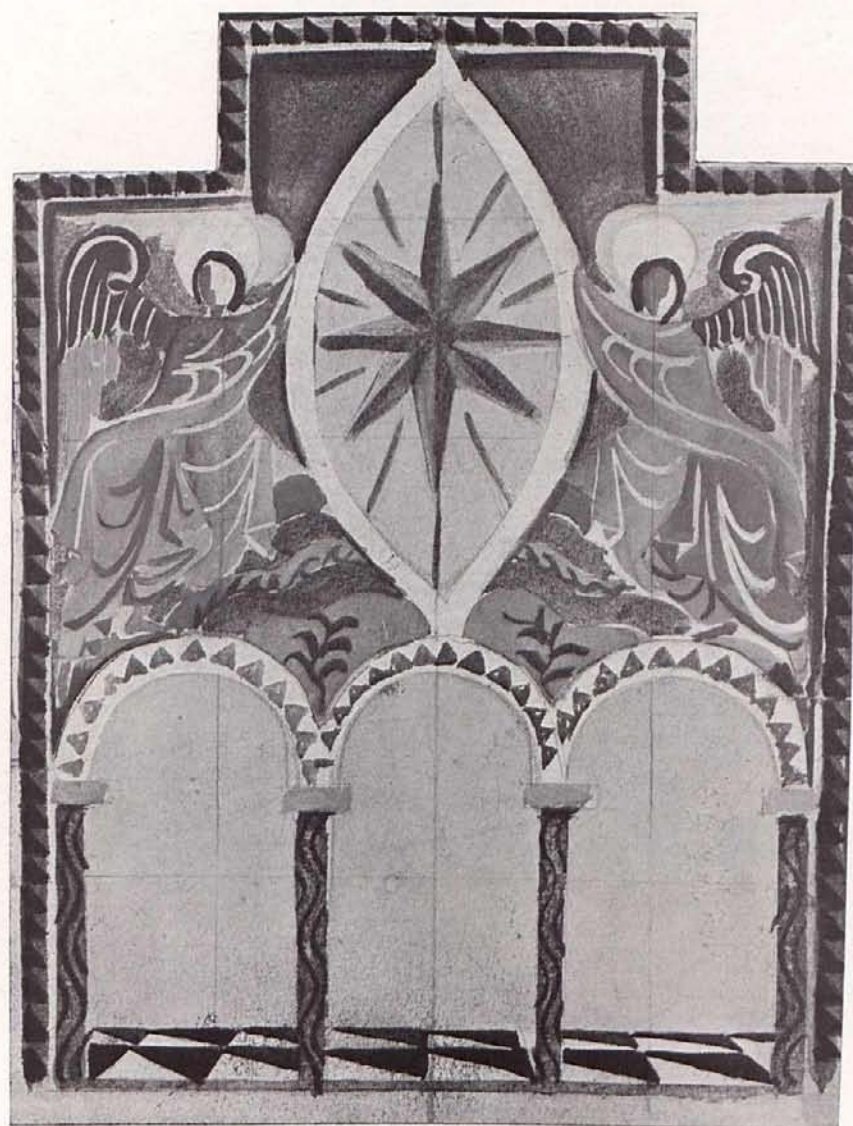
Al fin, Celinina cedió, y, bajando, entregó a la tierra su hurto.

XI

Por eso observaron que el precioso cadáver de Celinina, aquello que fué su persona visible, tenía en las manos, en vez del ramo de flores, dos animalillos de barro. Ni las mujeres que la velaron, ni el padre, ni la madre, supieron explicarse esto; pero la linda niña, tan llorada de todos, entró en la tierra apretando en sus frías manecitas la Mula y el Buey.



LO QUE LLEVA EL REY GASPAR



POR AZORIN

Los tres reyes han salido de sus palacios. Los tres son viejecitos. El rey Melchor es alto, con una barba blanca, con sus ojos azules, con sus anteojos de oro. El rey Baltasar es bajo, un tantico encorvado, con un bigote largo y una perilla más

larga todavía. El rey Gaspar no usa nada en la cara; va afeitado, pulcro, correcto, pero su nariz cae un poco en gancho sobre la boca, y en la comisura de sus labios hay algo como una sonrisa equívoca, inquietante, como una ironía vaga, desconsoladora. Yo

os digo desde este instante, pequeños amigos míos, que no perdáis de vista a este viejecito...

Los tres reyes van caminando durante la noche por un camino largo; las estrellas brillan, serenas, ruti-

to antes de penetrar en la ciudad. Antes —ya lo habréis oído contar—, estos reyes eran muy ricos y les ponían sus regalos a todos los niños de todas las casas, de todas las ciudades; pero el tiempo ha corri-



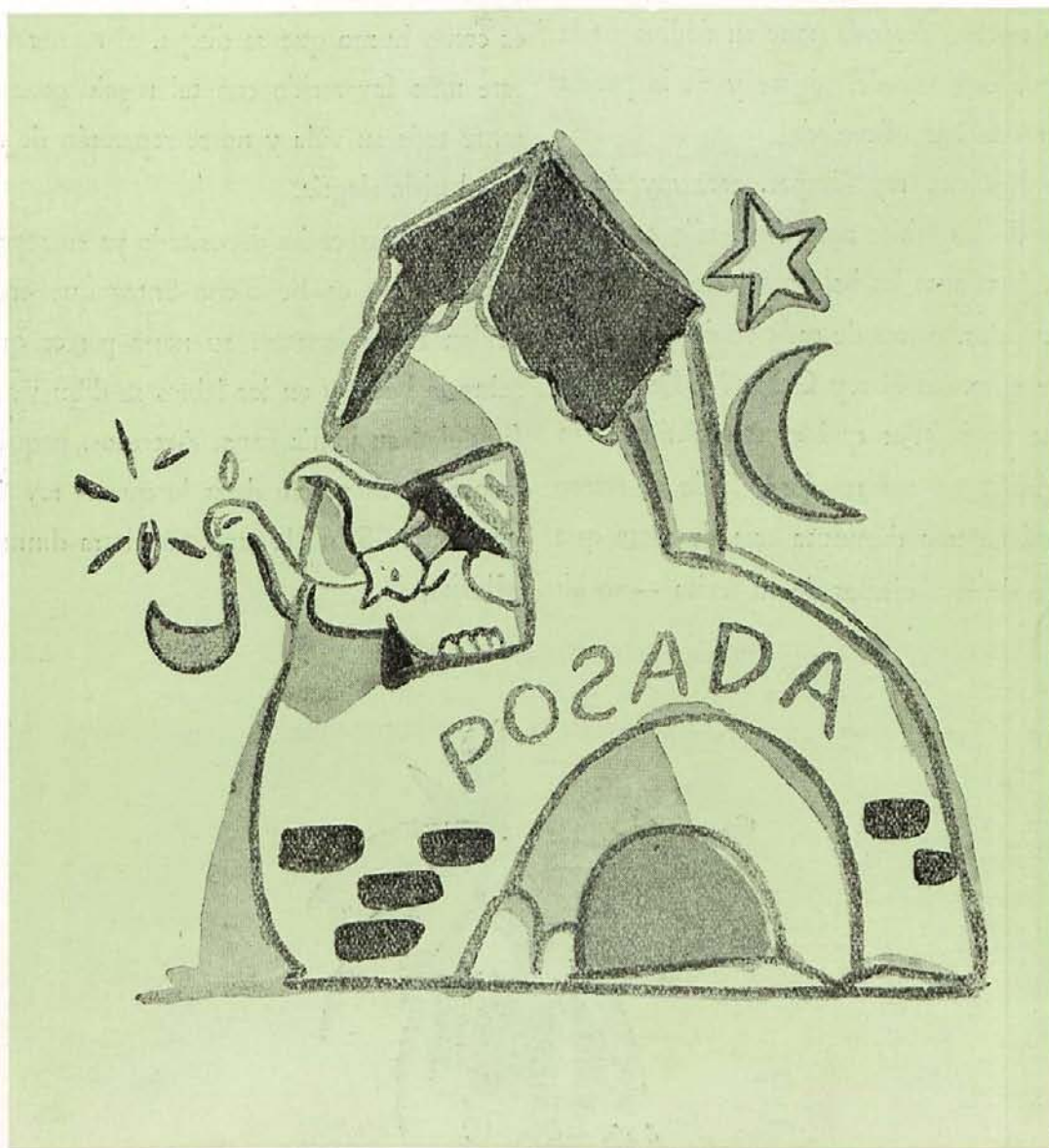
lantes, en la bóveda negra; abajo, en la tierra, tal vez en la lejanía remota, se oye un grito perdido o se ve el resplandor incierto de una lucecita. Esta lucecita indica una ciudad. Los reyes han llegado ya a esta ciudad. Ya van a recorrer sus calles; ya van a detenerse ante las casas; ya van a meter las manos en sus grandes arcaces; ya van a dejar en los balcones sus dádivas ansiadas. Pero los tres se detienen un momen-

do mucho; las circunstancias han cambiado mucho para los reyes, y estos tres excelentes monarcas, a fuerza de prodigar sus dones, han venido a ver grandemente mermado su caudal. Quiero deciros que Gaspar, que Baltasar y que Melchor se ven todos los años en el terrible compromiso de no dejar sus recuerdos preciosos sino a tales o cuales niños que el azar les designa.

Los tres reyes se han detenido a las puertas de la ciudad. Melchor, el de la barba blanca y los ojos azules —no creáis a quien os lo pinta con la tez negra—, tiene delante de sí una gran arca, que él ha

corvada y unos labios que expresan una ironía suave, vaga, inquietadora.

Los tres reyes han hecho ya su arqueo y se disponen a penetrar en la ciudad. Como van siendo ya



abierto para inspeccionar qué es lo que queda en ella. Baltasar, el de la perilla y el bigote —reiros de los que os lo representen de otro modo —tiene también su arca, y en ella, con el mismo fin, ha hecho su recuento. Gaspar, pequeños amigos míos, no tiene arca, no tiene equipaje, no tiene ningún camello, ni caballo, ni asno en que llevar lo que ha de regalar a los niños, pero tiene una nariz un poco en-

pobres, ellos no llenan las cestas que hay en todos los balcones, sino que, según la comodidad o el capricho, dejan sus mercedes y regalos en unos —que son pocos— y pasan de largo ante otros —que son muchos—. He de deciros que, para que sean más los niños favorecidos, los tres reyes han convenido, no en donar los tres sus regalos a todos los niños elegidos, sino en que cada uno haga una donación a

cada niño. Y así, de tarde en tarde, Melchor se para delante de una casa y abre su arcón; luego deja en la ventana su dádiva. Lo que este rey de la barba blanca regala se llama «Inteligencia». Al cabo de un largo rato, Baltasar se detiene ante otra casa y mete la mano en su tesoro; después pone su dádiva en la ventana. Lo que este rey del bigote y de la perilla dona tiene por nombre «Bondad».

Y sólo este histórico rey Gaspar, este rey de la nariz picuda y de los labios apretados, sólo este rey pasa, y pasa, y pasa ante los balcones y no se detiene sino ante uno, o dos, o tres de cada ciudad. Y ¿qué es lo que hace entonces el rey Gaspar? ¿Qué es lo que regala este rey? ¿Por qué es tan sórdido, tan avaro, tan riguroso en sus regalos? Todo el tesoro de este rey está en una diminuta caja de plata que él lleva en uno de los bolsillos de su levita —no ol-

vidad que los reyes usan ahora levita—. Cuando Gaspar se detiene ante un balcón, allá, muy de tarde en tarde, él echa mano de su pequeña caja, le abre con cuidado y pone su donativo en el balcón. No es nada lo que le ha puesto; es una cosa insignificante; es como humo que se disipa, al menor viento; pero este niño favorecido con tal regalo gozará de él durante toda su vida y no se separarán de él ni la felicidad ni la alegría.

El rey Gaspar ha depositado ya su regalo. Sus ojos verdes —no os he dicho antes que eran verdes— brillan fosforescentes; su nariz parece que baja más sobre la boca, y en los labios se dibuja con más profundidad su ironía vaga. Acercaos, pequeños amigos míos; yo os quiero decir lo que el rey Gaspar lleva en su caja. Sobre la tapa, con letra diminuta, pone: «Ilusiones».



Ramón Gómez de la Serna

Tomás Borrás

José Hierro



ESTA peregrinación del tema navideño a través de escritores y poetas nacidos en Madrid y de aquellos que por su vinculación a nuestra ciudad merecieron el título de madrileños, termina aquí con tres figuras de la literatura contemporánea que se hallan en pleno auge de su creación artística, pidiendo al Dios Niño que su quehacer se prolongue años y años (ruego un poco egoísta, ya que nosotros, sus lectores, seremos los inmediatos beneficiarios).

Sería absurdo pretender presentar a estos escritores tan sobradamente conocidos; sin embargo, aun exponiéndonos a que nos llamen descubridores del Mediterráneo, nuestra obligación periodística nos obliga a dibujar un esquema de ellos. Ramón Gómez de la Serna es, quizá, el escritor más singular de la moderna literatura española, el hombre cuyo genio se perfila con caracteres más brillantes. Tomás Borrás, prosista de voz personal, ha recorrido toda la gama literaria —novela, teatro, periodismo—, aunque creemos que su mejor registro lo ha hallado en el cuento. De José Hierro —que a los treinta y siete años se le acaba de conceder el premio March de poesía— sólo queremos recordar lo que de él dijo un día Juan Ramón Jiménez: «Hierro es el poeta más importante de las nuevas generaciones.»

EL NACIMIENTO

POR TOMAS BORRAS



MÚSICA de villancicos, cuyo encanto consiste en que se interpretó al nacer, en instrumentos improvisados, los que había en la cocina cuando llegaron al atardecer los pastores: almireces, panderos, una sartén, sonajas, hierrecillos, tambores, zambombas, vidrios. (También el «jazz-band» ha empezado en Castilla.) Música pueril, ruidosa, buena para gritar y para aclararse la ronquera con vino. La algarada queda muda cuando aparece un telón alegórico de la naturaleza astral. La mitad es amarillo —el día—, y la mitad morado —la noche—. Albor tenue, de azulado difuso. Clavadas en el telón varias estrellas de hojalata, de las estrellas más legítimas: de las de cinco puntas y rabo. Varios orbes, iguales a nuestro mundo, sometidos a la ley de la luz que les ilumina una sola mejilla. Y son, por mitad, morados y amarillos. Es el universo, el panorama estelar tal como lo concibe el dibujante de un pliego de aleluyas.

Aparece un Arcángel de túnica blanca y las dos alas tan mayores como su estatura. Eleva sus brazos a los cielos. Implora, estremecido, palpitante, como un ave. Irrumpe un grupo de ángeles idénticos, todos con sus alones de suave pluma y sus túnicas amplias. Se arrodillan, suplican una merced a Aquel que rige la altura, oración de colegiales en camisón de dormir. Expresan un férvido deseo, piden vehemente. Se oscurece el espacio infinito. Delgado rayo de luz viene a herir una de las estrellas de hojalata. El Ser Supremo ha aceptado. Los ángeles se entregan a

una alegría de miel. Danzan en corro de chiquillos y elevan un himno a su Creador con ese júbilo puro del permiso de vacaciones.

El Arcángel arranca la estrella y corre llevándola en alto como enseña triunfal. Reluce la estrella plateada y su cola chisporrotea colores como la del cohete en los fuegos de artificio.

El telón ha desaparecido. Se ve un Nacimiento, ese Nacimiento que se hace en la Navidad de España. Montañas de corcho escarchado, ríos de cristal, praderas de musgo de seda, casitas de cartón, palmeras junto a serrijones nevados, aldeanos del siglo XVIII en el portal de Belén, letreros en castellano frente al cortejo de los reyes de Oriente, camellos olfateando los molinos de viento de la Mancha. Nacimiento de arcaísmos ingenuos y de anacronismos conmovedores. Esculturas pobrecitas, naturaleza de ensueño infantil, historia que es fábula. Pesebre tierno, degollación de los inocentes sanguinaria, hosanna de velitas de cera, Palestina de cartón y España de barro, poesía en balbuceo y presencia de un Dios que se achica para acercarse a los niños, haciéndose El todavía menos que niño: haciéndose recién nacido...

(Cierra lo visible una escenografía circular. Los accidentes del terreno ocultan caminos por los que pasarán, de un lado a otro, los elementos plásticos alusivos a cada momento de la acción. El decorado es sin cesar móvil y toma parte en la danza general.)

Pastores de Lagartera comen, a la sombra de un

árbol, sentados en el suelo. Más allá, muchachas de Extremadura vanean los olivos. Las migas rojizas de pimentón hicieron beber a los lagarteranos y les da hormiguillo ver la guitarra. Un ahito se decide y rasguea la jota. Las extremeñas dejan de ordeñar los olivos, y, juntas con los toledanos, bailan que se las pelan.

Entre el árbol, como la llama bíblica brotó de la zarza, aparece el Arcángel mostrando la estrella. Los campesinos se admiran, regocijándose. El Arcángel les invita a seguirle, desciende del árbol y les guía. Como se cansó de sostener la estrella con el brazo en alto, la ha clavado en una pértiga y la lleva estilo pendón de procesiones. En marcha. El caso es de alegría: extremeñas y toledanos caminan detrás del espíritu celeste saltando su jota.

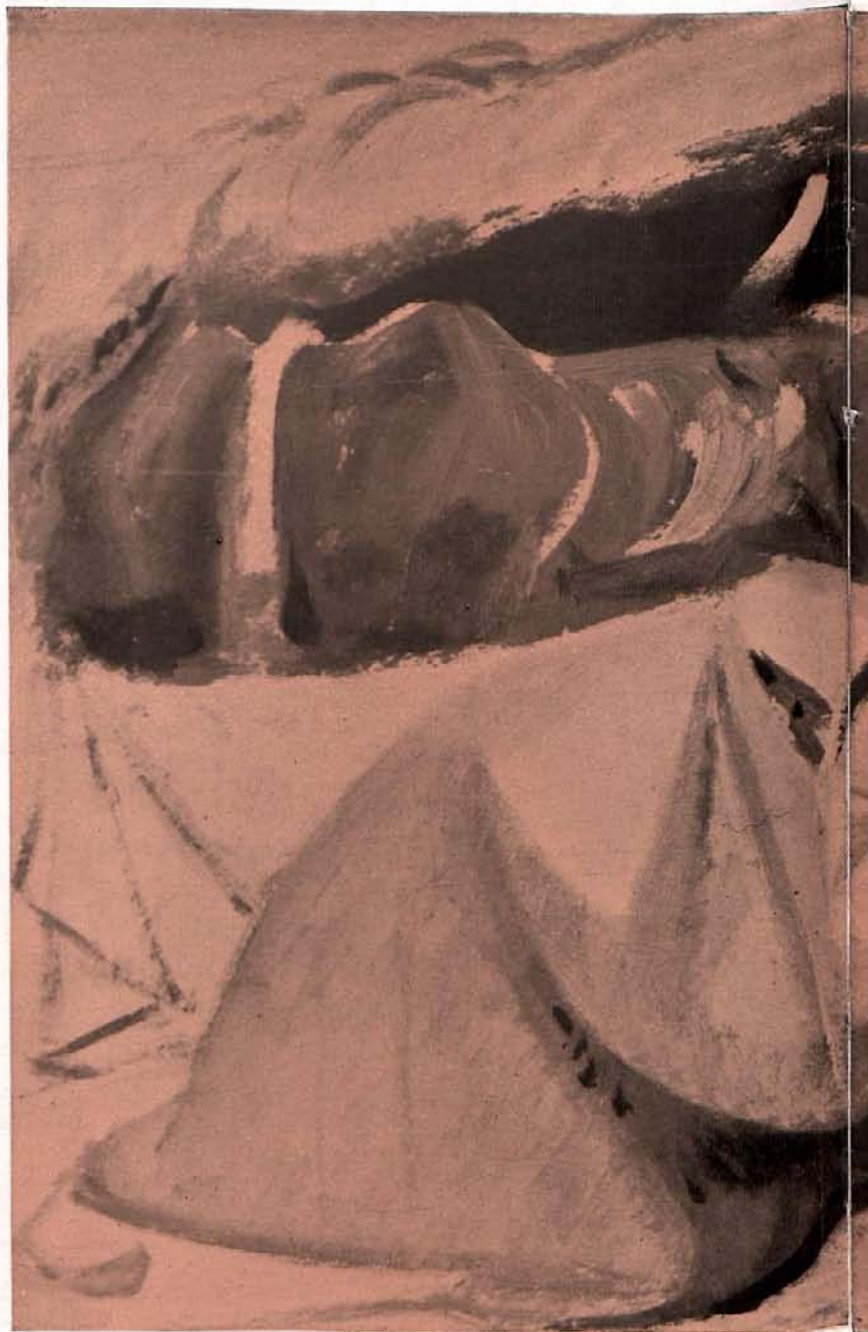
(Arboles, cabañas, todo se va también por los lados; simultáneamente salieron temas plásticos asiáticos que permanecerán durante la escena que sigue.)

El séquito de los Reyes Magos vestidos con la magnificencia con que los recargó Van-Dyck. Los tres sátrapas arrastran el armiño y la púrpura. Los esclavos, encontrando el sitio a propósito, crean, con alfombras, doseles, almohadones y pebeteros, un oasis de riqueza. Los Magos se detienen y la caravana de camellos cargados de fardos preciosos, de guerreros con armaduras centelleantes, de siervos vestidos como príncipes y de mujeres de rostro irreprochable rodea a los señores. Los cuales enarbolan el astrolabio, el catalejo y el compás y se ponen a hacer cálculos astronómicos. Entretanto, una bailarina oriental deja las babuchas, lindas como dedales, danza envuelta en la niebla de sus velos y en la neblina de un braserillo humeante, al borde del cuadrilátero de la alfombra, estanque aterciopelado. Los músicos sestean somnolientos ritmos orientales. Presenta el Arcángel la estrella nueva. Confusión en los Magos, que se encuentran con un astro desconocido. El Arcángel les pide que le sigan, y toda la opulencia del cortejo —marfiles, sedas oro— obedece con lentitud imperial, imantada la voluntad por un pobre lucero de hojalata.

(Los accesorios que indicaban el anterior lugar ya se escondieron y se llenó el paisaje de molinos; y más cerca está un edificio mísero: el mesón.)

La noche es helada; alrededor del mesón y de los molinos, árida tristeza. Vienen los pelotaris vascos de jugar en el frontón, enarbolan todavía sus cestas;

visten el traje blanco de buenos muchachos, traje campechano en mangas de camisa, fajas y boinas rojas o azules. Juegan a la pelota un instante para entrar en calor y asaltan el mesón ágiles, siempre en bellas actitudes deportivas.



La Virgen y San José, fatigados, lacerados. La aureola que nimba sus cabezas, fosforece. Miran el paisaje que les repele, hostil. Sólo la luna se compadeció de ellos y los besa con luz humilde. La Virgen se sienta en el poyo del mesón. San José golpea la aldaba. Aparece en un ventanuco el mesonero: gorro de dormir y candil. Da la impresión de un polichi-

nela. San José pide y la marioneta dice que no, que no y que no. Éntrase como el cuco en su reloj.

La Virgen está pálida, se encorva de cansancio, pero sus pies, aunque sangrando, andan otra vez, pisan las piedras hirientes de la vida. El Esposo la sos-



tiene y la ayuda: el Esposo de la vara florecida y la barba florida.

Detrás de María y José, disimulándose, escondiéndose, marcha Judas Iscariote, pelirrojo, empuñando el bolsón de los treinta dineros.

Se desparrama por el mundo una lluvia de ángeles. Despiertan a los vascos del mesón, que al salir res-

triéganse el sueño de los ojos; acaudillan a las extremeñas y los lagarteranos; conducen un grupo de payeses catalanes. Hay una trémula conmoción en la tierra. Amanece en el rincón donde se ve el lucero. Todos, encendidos de amor, marchan allí.

Sólo los pobres de la tierra responden al anuncio. Sólo ellos aportan su generosidad mísera. Las orzas de arropo, los quesos recién encantados, los corderillos lechales, las frescas hortalizas, las frutas de invierno: castañas, nueces, manzanas secas, uvas de cuelga, empiezan a salir de los desvanes; y las morcillas y chorizos ahumados, cenefas de la chimenea; y las panochas de maíz que se secan en el carasol; y los melones que airean las corrientes de aire del sobrado. Una vieja lleva la gallina, un muchacho el puerco y un viejo acude con el único bien que posee: su can. Marchan hacia allí como sorbidos por un poderoso remolino. Dejan al mismo tiempo las encrucijadas de la montaña, las llanuras gredosas de terrones crujientes, umbrías y páramos, secarrales y pedrizas. La ciudad no ha comprendido; el campo, sí. En la ciudad padecieron la Virgen y el Esposo; de la ciudad tuvieron que huir, que sólo es segura de entrañas y despotismo. Y son terruñeros, rabadanes, arrieros, mozuelas, viejucas, pícaros y mocosos los que sintieron en su intuición y en su entraña la grandeza que Dios les avecinaba. Y se juntan en los senderos y van en amorosa compañía con gozo en el mirar; porque los pobres de la tierra encontraron su ideal, su centro, su razón de existir y de padecer.

(Hay delante del panorama sólo un accesorio: el portal de Belén, con la mula y el buey pintados.)

La Virgen y San José, caminantes, se detienen y se colocan ante la arquitectura simple del portal. San José se arrodilla ante la inmóvil Virgen. Labradores y pastores entran bailando la jota y hacen sus ofrendas: el corderillo en el regazo, el queso en los espantos, el puchero de miel. También aparece la mayestática caravana de los Magos. La bailarina danza, sus pies desnudos devanan melodías perezosas mientras los poderosos reyes depositan a los pies de la Virgen el incienso, el oro y la mirra. Entran los vascos. Las varas que cortaron por el camino las utilizan para la espatadanza.

La espatadanza, baile viril de guerreros conformes con parecer aldeanos, eleva a tono épico la idílica escena en que los que no tienen nada se arrodillan

y dan su pobreza. Al que tiene preparado lecho en pesebre, mullido con hojas secas de maíz y gavillas de centeno.

Suavísima música de instrumentos no conocidos. Una teoría de doncellas puras acompaña en dos hileras a una anciana resplandeciente. La anciana entrega a Jesús y la madre le contempla extasiada. El Arcángel yergue su estrella anunciadora sobre el portal de Belén.

Los catalanes llegan a sumarse al júbilo. En el Nacimiento popular español, castellanos de Toledo y extremeños aportan la razón pastoril y agrícola, como los vascos el ritmo de égloga bailada. Y los catalanes vienen con sentido mariner, opulencia mediterránea, espíritu fraterno de gente que, cuando festeja, se da

la mano. Recio payés toma a cada lado un pastor o una extremeña o un pelotari. Bailan todos la sardana ante el portal de Belén, donde la Virgen presenta al Niño con la ternura entristecida de quien sabe que el bien que alimenta su amor ha de perderse. Mientras la ruda y civil sardana se trenza en el círculo de españoles, la bailarina de Oriente, que quiso también dar su danza a los ojos que codician la belleza material, adelgaza poco a poco el vigor de sus movimientos, se hunde desfallecida en un desmayo, expira. ¡El mundo antiguo ha muerto! Los magos la acarician; saben que con ella desaparece lo que era y empieza lo que tiene que ser. En el centro del corro de sardanistas que fan y desfán, Judas —el porvenir— agita la bolsa de los treinta dineros.





CUENTO DE NAVIDAD CON VIDRIERAS DE COLORES

POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

DON Santiago estaba asombrado de la nueva Nochebuena, pues en vez de morirle él se habían muerto sus hijos y nietos.

Sin embargo, la calidad de la noche era la misma, pues desde joven había sentido que esa noche se vive como un sueño alegre de muertos que sobreviven en una opción feliz.

En el comedor de su viejo palacio de las afueras de la ciudad, sonreía a las arañas, cuyos cristales son eternamente jóvenes, y miraba la platería del banquete cómo le encaneció tan noblemente que su argéntea vejez será también eterna.

Miraba el color tostado del asado, y le dedicó otra sonrisa, porque era el contraste de lo efímero con lo perenne.

El viejo criado daba vuelta a su alrededor, solícito, como un jefe de peluqueros, mientras los mozos jóvenes alcanzaban salseras, le servían entremeses y le llenaban las copas, más jóvenes y esbeltas que el resto de las cosas, porque las copas son siempre niñas recién seducidas, ya que se las repone con otras nuevas en cuanto se tronchan.

Todo estaba dedicado a recordar: los espejos, el viejo criado, él; pero todo tenía la aristocrática frialdad de callar sus recuerdos. Que aquella atmósfera paralizada aguantase todo su señorío como lo había aguantado hasta la fecha.

En resumen, aquel comer y escanciar del hombre solitario era una disculpa para acabar en su despacho después de despedir a los criados hasta el día siguiente y quedarse con la heladera en-

chufada y las botellas y las copas bien dispuestas.

La hora de esa retirada a su señorial despacho había llegado, y el señor, con leña suficiente y metido en medio del tácito rumor de los libros, dijo adiós a los criados, dándoles libertad para que festejasen en el sótano la Nochebuena, pero sin perturbar el silencio de la casa.

Sonó el cerrojo como el disparo de un cachorrillo, y el señor solitario se sentó junto a la chimenea y llenó su gran copa. Ya no tenía más que el orgullo de vivir, pues era tan viejo que resultaba el único representante de su generación, siendo por eso, quizá, por lo que ya no encontraba un amigo que le acompañase en la Nochebuena.

¿No era haber vencido en el gran concurso de la vida ser el último en morir de dos o tres generaciones?

El coñac que bebía era más viejo que él, y, sin embargo, tenía más gusto y regusto, según pasaban los años, como añadiéndose rubia juventud.

El frío apretaba fuera, y la ventisca lanzaba sus ósculos helados a la gran vidriera, en que un peregrino, medio santo, medio pastor, medio capitán, estaba plantado en su cumbre.

Aquella vidriera que le encubría el mundo con sus cristales de colores, en que dominaba el azul y el naranja, como proyectando con fondo de nubes y de piedras, el altar de las auroras y de los ocasos, había sido la mejor joya de encargo que había adquirido en su vida y con la que había encubierto el gran ventanal que le daba luz directa, salvándole de tener que contemplar el mundo exterior.

Desde el día en que la vidriera estuvo colocada, se quedó más aislado, sin contacto con sus vecindades, separado de su fealdad y su pobreza.

Aquel extraño caballero —un poco salido de los libros de caballerías— se interponía entre él y la gleba corriente.

Eran viejos amigos de miradas y contemplaciones, y los días de luna lo veía iluminado desde fuera como un emisario que quería decirle lo que opinaba de él el mundo y el cielo.

Aquella noche era muy oscura, y por eso le extrañó cierta luminosidad que había en el rostro del peregrino.

Como no tenía más compañía humana que la suya, se le quedó mirando fijamente, observando que le sonreía.

Sin poderlo evitar, le hizo un gesto invitador, y con gran sorpresa vio que, sin gran dificultad, la figura recortada en el cristal desprendía su silueta de las pestañas de plomo y, dando un salto sobre la mesa, se sentaba a su lado en el sillón del diálogo.

Como no había contraventanas ni cortinas, por el

huevo vacío comenzó a entrar un frío bárbaro, pero como tenía un bosque en previsión de la larga noche, don Santiago puso más leños sobre los morillos y levantó el telón contra incendios del teatro inesperado en que iba a haber estreno de drama y debut de actor.

La situación era embarazosa, pero por eso el viejo gentleman no quería perder su impasibilidad.

—¿Un poco de coñas? —dijo, para entrar en el amigable bis a bis con la antigua y alta imagen que hasta aquel momento había pertenecido al mundo quimérico de las nubes y los símbolos.

El peregrino se quitó del cinturón el cuerno que llevaba colgado y lo ofreció al escancie

como un caballero la copa tallada.

Don Santiago, al ver aquello, no pudo menos de tener una exclamación ingenua:

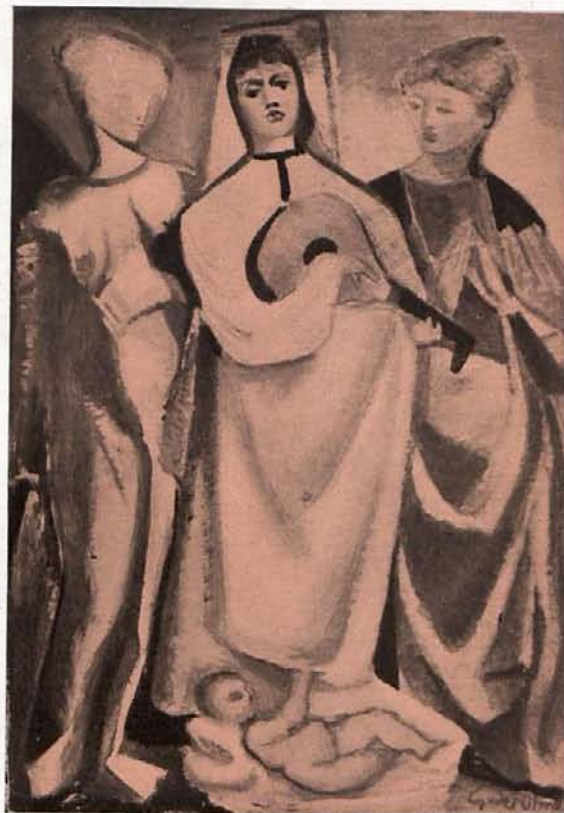
—¡Y yo que siempre creí que ese cuerno era para hacerlo sonar!

—No, es el vaso que el caminante llevaba siempre colgado de su cadena, pues la caridad de vino suele ser más propicia que la de pan y carne.

Se hizo una pausa en que el hombre de la vidriera se desperezó en la bebida, y don Santiago le preguntó

—¿Y a qué se debe su desprendimiento?

—Tenía que suceder... Hace muchos años que estaba por dar este paso... Pero no estaba maduro el permiso providencial... Hoy, con ocasión de la fecha y dada la soledad en que estaba, mi misión tenía que ser cumplida... Me habías puesto entre el mundo y tú para desconocer la verdad de los hombres desorientados y desvalidos, pero esta noche te debo la verdad porque soy el intermediario.



—¿Te crees un santo de catedral?

—Eso es lo que no sabías, que toda figura de vidriera es un apóstol de Dios, vístalo como quiera el artista, pues recibe directamente el soplo de la luz del cielo... Te era grato recibir mi inspiración, pero no te paraste a comprender lo que quería decir.

Don Santiago tuvo un escalofrío, porque se dió cuenta de que la presencia de lo sobrenatural siempre quiere decir confusión de las cosas y los objetos.

Lleno de humildad, aunque sin dejar de beber, preguntó al peregrino de la vidriera:

—¿Y cuál es tu mensaje?

—Que has vivido olvidado de tu papel de colaborador en la armonía de tu ciudad.

—Yo no he paralizado mis trabajos ni mis negocios.

—Pero eso no es bastante... Hay que asomarse al gran teatro y templar sus desgracias, sus peticiones, hasta lo que parece más superfluo en la mezcla de seres y necesitados.

—Mi fábrica...

—La vida no es una fábrica, sino un teatro... Dios la hizo teatro con escenas religiosas, con escenas de amor, con reparto entre artistas y partiquinos... Nadie puede quedar caído y sin papel entre sus bastidores. Para eso hay que asomarse a la vida y escuchar a los que tienen la ilusión de algo, sea lo que sea, ayudándoles en el sueño o en el proyecto más disparatado.

—Vamos... Me propones que sea un Mecenazgo.

—Claro... Porque aunque Dios premia con más amor a los Mecenazgos espontáneos, es una obligación inexcusable de todos los ricos el que sean Mecenazgos... Sólo el mecenazgo depura y salva el alma que acumuló riquezas. El que no haya cumplido esa caridad sin mezquinería no merecerá perdón ni felicidad...

Don Santiago fruncía el entrecejo sin acabar de comprender y miraba con temor a aquel emisario vidriero, que ya se servía solo el coñac en el vaso de cuerno, como queriendo reaccionar contra el frío y contra la fricción sentimental de la noche.

La figura lañada y emplomada del peregrino relucía con reflejos amarillos y azules cuando traslucía por sus vidrios esmaltados el resplandor de la hoguera que ardía en la chimenea.

Un pájaro entró por el hueco que había dejado en el ventanal la figura sentada en la tertulia de la solitaria Nochebuena del viejo.

Don Santiago miró con reconvención al que había dejado la puerta abierta, pero al que no se podía decir nada porque era él mismo la reanimación de la inanimada puerta. Atacado por una súbita soberbia el anciano, hubo un momento en que tuvo la idea de ordenar al hombre alegórico que fuese a ocupar su sitio en la vidriera decorativa, pero se contuvo ante aquella especie de metamorfosis del ángel anunciador.

—Pero, en definitiva, ¿de qué me acusas?—preguntó don Santiago.

—De haberte olvidado por completo de los de fuera durante toda tu vida.

—¿Pero no es esa aislamiento el ideal del artista?

—Sí, pero tú no eres un artista... Además, el artista, en esa soledad, trabaja mejor para los de fuera... Tu ausencia del mundo ha sido estéril... No has llevado al mundo ni tu risa, ni tu comprensión, ni tu asistencia...

Te esperaban como espectador en muchos sitios, y no fuiste a ninguno...

Te esperaban como confesor munificente los des-

perados, y tampoco prestaste ese servicio...

Don Santiago perdió la paciencia, y con las tenazas de la chimenea, ciego de ira, rompió la silueta de cristal como quien rompe un jarrón que se insubordinó o ejerce el derecho ruso de romper las copas que posee, por finas y buenas que sean...

Consternado, como si hubiese faltado a los dioses, atónito ante los pedazos rotos que conservaban vivos los rasgos de la figura en un puzzle hecho añicos, veía la máscara rota del heraldo de la Nochebuena, sobre todo un trozo en que se veía un ojo, un pedazo de nariz y media barba.

Llenó su vaso, haciendo un esfuerzo para reanimarse, pero cayó desmayado y lívido sobre el respaldo del sillón.

Así lo encontraron a la mañana siguiente, achacando a un golpe de viento la rotura de la vidriera de colores, y su pulmonía doble a las ráfagas de frío que entraron por el desgarrón, muriendo sin recobrar el conocimiento al amanecer del día siguiente.



POEMA PARA



I

EL VENGADOR

TE soñé como un ángel
que blandiera la espada
y tiñera de sangre
la tierra pálida;

como una lava ardiente,
como una catarata
celeste, como nieve
que todo lo olvidara.

A veces, cuando el viento
del sur se desataba;
cuando alzaba el invierno
su llama blanca;

cuando el cielo sombrío
derramaba las ascuas
de la tormenta, he dicho:
«es su venganza».

Hería con mi herida,
luchaba con mis armas,
volaba por la vida
con mis alas cortadas.

El Vengador, el fuerte
Ángel de la Venganza,
mataba con la muerte
que a mí me daban.

Y teñía de sangre
la tierra pálida.



II

NOCHE CERRADA

CUANTAS estrellas tendrá
el mar esta noche...

Cuántas olas, cuántas almas
en pena, cuántos verdores
que tan sólo el Vengador
oculta y conoce...

Abierta la noche está
como un gran sueño. Los nombres,
los lugares, los caminos,
las horas, los montes,
se han borrado. Sólo queda
soledad y noche.

Oh, Vengador: negras alas,
negras músicas, enormes
horas negras... Vengador:
soledad y noche.
Sólo soledad y noche.

¿Han de alimentar el alma,
Vengador, tus roncós sonos,
tus negras alas, tu paso
helado...? ¿Negros crespones
adornan la dolorida
soledad del hombre?

NOCHEBUENA



III EL NIÑO

UN niño de oro y rosa, ¿puede
anticipar el alba?

Una brizna de hierba, ¿puede
ser el brazo de la venganza?
El Vengador, ¿es el amor?
La mano débil, ¿es el hacha?
Con sangre suya y llanto suyo,
¿rescata ajena sangre y lágrimas?

Todo era oscuro. Soledad
y noche. (El alma aprisionada.)
Y ahora en la noche se ha encendido
maravillosa llama.
Entre espumas de ola y de nube
el alma canta, liberada.

Como si fuera el centro ardiente
del amor que todo lo abrasa.

IV NOCHE HERMOSA

SABED: si se la escucha,
se oye latir la piedra.
Y resuenan, y acordan y hermanan sus voces los siglos
en la dura madera.

Hoy la noche es la mano
que pulsa la piedra y la estrella,
y el corazón el dorado racimo
que va de la estrella a la piedra,
que va de la piedra a la estrella.

Qué silenciosa mano
el corazón aprieta.
Y cómo cae el zumo
y rocía la hierba,
y humedece las calles,
la silenciosa piedra,
las fuentes donde todos
los astros se reflejan.

Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
faro celeste que alumbra a los que andan
con sus vidas a cuestas,
cuando ya no seamos
sino viento que pasa y no mueve la rama,
sino mar que se agita y no pone temblor en la playa
[desierta.

Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
encendido celaje
interior, agua eterna
que se agita, que corre
de la piedra a la estrella,
de la estrella a la piedra...

José HIERRO

VILLA DE MADRID

DESEA A SUS LECTORES

UN FELIZ Y PROSPERO

AÑO NUEVO

L A U S D E O







VIDA CORPORATIVA



EL Presidente del Consejo Departamental de Montevideo, Excelentísimo señor don Daniel Fernández Crespo, honró con su visita nuestra capital, afirmando una vez más el vínculo fraternal y entrañable que une a las dos capitales.



En nuestra información gráfica recogemos tres momentos de la estancia del señor Fernández Crespo entre nosotros: llegada al aeropuerto de Barajas, momento en que el Conde de Mayalde impone al egregio visitante la Medalla de Madrid y un aspecto de la cena que fué ofrecida en su honor





Una vez más la preocupación del Ayuntamiento por las zonas periféricas resalta en la intensa labor social realizada en ellas, de la que es testimonio elocuente la presente página relativa a importantes obras y mejoras llevadas a cabo en diversas barriadas de los Carabancheles.

Un detalle del cordial y entusiasta recibimiento que los vecinos del barrio del Tercio tributaron al Conde de Mayalde.

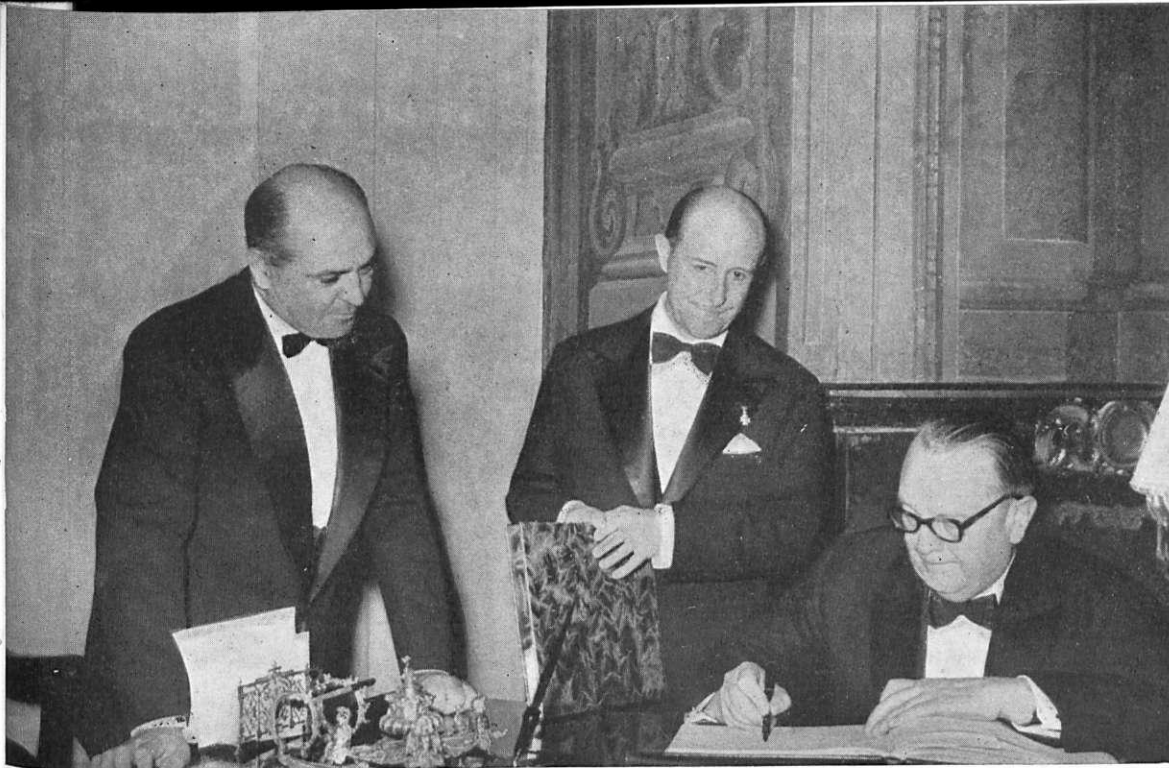
Un momento de la inauguración del Depósito de Máquinas para elevación de la traida de aguas a Carabanchel Alto. Bendición de las nuevas instalaciones por el párroco don Alvaro Carnero de la Peña.

En correspondencia con la espontánea manifestación de afecto que le fué tributada, el Alcalde recoge las aspiraciones del vecindario para convertirlas en realidad y completar la obra iniciada.



Acompañado del Teniente Alcalde del Distrito, señor Alvarez Abellán, y de otras autoridades, el Conde de Mayalde visita una de las barriadas afectadas por las nuevas mejoras.





Otro de nuestros ilustres visitantes fué el Ministro del Tesoro de la República Federal alemana, doctor Hermann von Lindrath, que aparece en esta foto acompañado del Ministro Secretario General del Movimiento, señor Solís y de la primera autoridad municipal madrileña, en el acto de firmar en el Libro de Oro de la Villa.



El Concejal, señor Pombo Angulo, en un momento de su brillante intervención en el acto celebrado en el Círculo de la Unión Mercantil, patrocinado por el Ayuntamiento, en memoria del que fué entusiasta madrileño, don Tomás Seseña Palacios, bajo la presidencia del Teniente Alcalde, señor Gutiérrez del Castillo,

Como en años precedentes, se celebró la "Fiesta de la Banderita". En la foto, la mesa presidida por la Excm. Sra. Duquesa de Pastrana.



La meritoria labor evangelizadora del P. Esteban Ibáñez y la probada competencia y laboriosidad del Ingeniero Jefe de la Primera División, don Enrique Ovilo, son reconocidas en este acto en el que se les impone la Encomienda con placa de la Orden de Africa y la Medalla de plata de Madrid, respectivamente.

Presidida por el señor Alcalde, la Corporación asiste al funeral celebrado en sufragio de los funcionarios fallecidos.





La actividad cultural del Ayuntamiento se refleja, entre otras manifestaciones, en la Exposición de Porcelanas del Retiro, instalada en el histórico recinto del Museo Municipal. En la foto, el Alcalde de Madrid, acompañado de otras ilustres personalidades, en el acto de la inauguración.



Un aspecto parcial de la mencionada Exposición.

En el Patio de Cristales del Ayuntamiento ha expuesto sus cuadros, sobre temas de Madrid, con gran éxito de público y crítica, el pintor italiano Arturo Peyrot.



Descubrimiento de la lápida que perpetúa la memoria del Duque de Alba, en el Palacio de Liria.

El Instituto Municipal de Educación ha organizado un interesante curso sobre el tema "La familia y la educación", en el cual, entre otras personalidades, ha intervenido el Cardenal-Arzbispo de Zaragoza, doctor Arriba y Castro, que en la foto aparece con el Presidente del Instituto.



EISENHOWER EN MADRID



EL Presidente de los Estados Unidos, General Eisenhower, recorre el mundo en visita de paz. Este periplo, escoltado de entusiastas ovaciones, estremece como una gran lección, porque el Presidente Eisenhower —todos lo saben— ha debido sobreponerse a las flaquezas del cuerpo para cumplir su misión de espíritu. Desde la India a Persia, desde Grecia a Francia, las multitudes aclamaron su paso, conmovidas por un sacrificio del que no se habla, y Su Santidad Juan XXIII le recibió para bendecir su ruta. En Madrid, el clamor de la muchedumbre acompañó su paso, así como el del Caudillo Francisco Franco, que con tan prodigiosa visión supo anticiparse en esta lucha por la paz. VILLA DE MADRID saluda aquí al egregio hombre de Estado y le desea toda suerte de venturas para una tarea que alcanza, en estas fechas de las Navidades, singular relieve, que casi parece providencial.



Eisenhower, recién llegado al aeródromo de Torrejón de Ardoz, dirige unas palabras de salutación al pueblo español y al Jefe del Estado. En la otra foto vemos al Presidente de los Estados Unidos y al Caudillo durante su marcha triunfal por las calles de Madrid rodeados por la escolta de caballería de su Excelencia el Generalísimo Franco.





En la foto, vemos al alcalde en la plaza de Castelar recibiendo al ilustre visitante, con quien dialoga cordialmente.

EL ALCALDE PRESIDENTE

DEL EXCELENTISIMO AYUNTAMIENTO DE MADRID

MADRILEÑOS:

Se acerca el momento en que llegará a Madrid el Presidente Eisenhower, y debemos meditar sobre el significado de este viaje impresionante, periplo asombroso, que recuerda las predicaciones paulinas o los días en que el español Adriano visitaba a pie las ciudades y aldeas del Imperio Romano.

El hombre más poderoso de la tierra recorre tantos países para pedir humildemente una limosna de paz. Gracias a él, la Humanidad ha salvado ya la etapa más difícil de su existencia. Los Estados Unidos de América, unas veces con generosidad y otras con energía, han evitado hasta ahora la tercera guerra mundial.

El pueblo americano es grande porque, como hoy, ha tenido la fortuna de ver al frente de sus destinos, en los momentos decisivos de su Historia, a hombres excelsos en talento y en virtud.

La actitud de Eisenhower en la hora actual ha de causar profunda emoción a "todos los hombres de buena voluntad". El no ambiciona nada; olvida el cuidado de su salud y atraviesa el mundo sin pensar en los peligros o en la fatiga. Su única aspiración es salvar al género humano de una catástrofe, que sería definitiva e irreparable.

El pueblo español, este pueblo de Madrid que le va a recibir el próximo día 21, ama apasionadamente la paz y no siente rencor ni animosidad hacia ningún otro pueblo de la tierra. Queremos la paz, pero una paz con honra, que nos salve a todos, no sólo de los peligros de la guerra atómica, sino también de la esclavitud del yugo extranjero.

Por ello, vamos a recibir a IKE — como le llaman familiarmente sus compatriotas — con el corazón abierto; no sólo con la hospitalidad que brindamos a los que nos visitan, sino con el amor y la admiración que merece este hombre grande y bueno.

Que Dios le ayude en su tarea para bien de la Humanidad.
Madrid, 19 de diciembre de 1959.

José Finat y Escrivá de Romaní
CONDE DE MAYALDE

En el bando que el Alcalde de la capital de España dirigió a los madrileños con motivo de la llegada del Presidente Eisenhower exaltó con galana prosa la figura de este extraordinario embajador de la paz que horas después sería huésped de la ciudad.

Madrid ha demostrado una vez más que la capitalidad que ostenta no es sólo un frío término administrativo, sino algo más hondo, consustancial a su personalidad. Madrid es el corazón de España, un corazón responsable, ecuánime y dado al entusiasmo cuando las cosas o las personas se lo merecen. De ahí que si vemos a Madrid aplaudir debemos pensar que son las manos de todos los españoles las que aplauden. El caluroso recibimiento ofrecido al Presidente Eisenhower ha representado el sentir unánime de los hombres nacidos desde cabo Creus a Finisterre, desde el Bidasoa a Tarifa; esos hombres que viviendo en la paz de sus campos, de sus fábricas y universidades, desean ardientemente que esa paz se extienda por la ancha cara de la tierra. De ahí el clamoroso homenaje al más ilustre peregrino de la paz mundial. Sólo de esa manera, con la mano abierta, con el corazón en el aire, con la garganta presta al cántico, podía recibir un viejo y noble pueblo al representante del país más poderoso de la tierra, que ha tenido el generoso gesto de ocultar su fuerza bajo el manto cristiano de la buena voluntad.



El Jefe del Estado español Generalísimo Franco ofreció una comida de gala en el Palacio de Oriente en honor del Presidente de los Estados Unidos. En estas fotos se recogen dos momentos del histórico acto.





La visita ha terminado. Los vítores, los aplausos, el diálogo cordial han quedado atrás, pero no olvidados, sino proyectándose hacia el futuro como muy bien rubrica el abrazo de estos hombres: Francisco Franco, Jefe del Estado español, Dwight D. Eisenhower, Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica. Dos hombres de buena voluntad que en esos días prenavideños quisieron hacer suyo el primer villancico, deseando que todos los pueblos de la tierra sepan escuchar y cumplir la voz del angel «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad».



Dep. Legal. M. 4.194-1958
ESTADES. MADRID

